



República Argentina  
Ministerio de  
Cultura y Educación

*Educación*  
*y*  
*Vida Laboral*

**Serie Pensamiento Fundamental**

**Nro 3**

---

# **EDUCACION Y VIDA LABORAL**

**Serie: PENSAMIENTO FUNDAMENTAL N° 3**

**Dirección Nacional de Información, Difusión,  
Estadística y Tecnología Educativa  
Ediciones de Educación**

**1991**

Presidente de la Nación  
Dr. CARLOS SAUL MENEM

Ministro de Cultura y Educación  
Prof. ANTONIO FRANCISCO SALONIA

Subsecretario de Educación  
Dr. LUIS ANTONIO BARRY

Subsecretario de Coordinación Educativa,  
Científica y Cultural  
Lic. PABLO AGUILERA

Directora Nacional de Información, Difusión,  
Estadística y Tecnología Educativa  
Dra. NERVA BORDAS de ROJAS PAZ

---

---

## **E.DUCACION PERMANENTE Y CALIDAD DE VIDA LABORAL**

Conferencia pronunciada por el señor Ministro de Educacion y Justicia, Prof. Antonio F. Salonia, en la "XIX Conferencia Mundial y Exhibición Sobre Calidad de Vida Laboral", Buenos Aires, 28 al 31 de agosto de 1990.

---

---

---

Es para nosotros una ocasión muy especial estar aquí con ustedes, hombres y mujeres dedicados al desarrollo de los recursos humanos en la empresa moderna. Desde nuestra vocación docente y desde la función que ejercemos, queremos expresarles la solidaridad que nos convoca en esta tarea común unida al crecimiento del hombre, tanto en su educación como en su ámbito laboral.

Consideramos propicia la oportunidad para reafirmar la nobleza de la actividad que ustedes realizan y que alcanza SU más genuina expresión en cuanto tiende a la plenitud del nombre concreto, entendido no ya como mero recurso, sino como persona. De este modo, ustedes y nosotros somos partícipes en esta fascinante tarea de promoción humana que llamamos educación.

#### Sociedad en cambio y educación permanente

Vivimos todos hoy en el centro de una profunda transformación de carácter mundial, que afecta de un modo directo los criterios con los que hemos venido encarando nuestra labor los educadores profesionales y los empresarios.

Desde hace unos lustros los docentes hemos adquirido clara conciencia de que la escuela ya no puede por sí sola satisfacer plenamente las exigencias formativas mínimas, que permiten asumir con madurez los complejos desafíos del mundo contemporáneo.

Hoy se reconoce que la educación va más allá de los límites de la escuela, ya que el hombre necesita actualizar su caudal de conocimientos y manejo de técnicas en forma permanente. La sociedad actual en continua transformación demanda exigencias crecientes de autoperfeccionamiento. Es por eso que la formación del hombre no puede limitarse al ámbito escolar o a un lapso determinado de escolaridad.

Esta certeza sobre las posibilidades y alcances reales de la educación escolar o formal, nos impulsa a reformular el sistema educativo para hacerlo más permeable, abierto y flexible;

---

de modo tal que permita incorporar otros estudios no formales dando énfasis al área laboral que adquiere actualmente una particular relevancia.

De ahí el interés por la educación permanente que hace referencia no sólo a necesidades de naturaleza económica o social y responde a las urgencias de un mundo en vertiginoso cambio, sino también a las de carácter individual y subjetivo, ya que tiene como destinataria la complejidad y riqueza del alma humana. La educación de todo el hombre no puede agotarse en esta o en aquella institución, así como tampoco en un período formativo determinado.

La educación adquiere una mayor plenitud en la medida en que cada una de las instituciones donde el sujeto participa lo conciba como persona capaz de asumir y crear cultura.

La educación del ser humano debe ser, por lo tanto integral y permanente, abarcando todos los aspectos de su existencia y toda la extensión histórica de su vida.

Ahora bien, dentro de este horizonte amplio de las actividades humanas, nos detendremos en la relación que se establece entre educación y trabajo y su particular relevancia para la vida del hombre.

Ello nos hará evidente que uno de los resultados deseados del trabajo humano es el crecimiento interior de la propia persona que trabaja. Es esta posibilidad de aprendizaje y evolución lo que hace del trabajo una instancia educativa.

Veremos que la relación educación-trabajo no es sólo una relación funcional en la que uno de los términos se abre al otro en una mutua complementación, sino que se establece una estructura donde ambos términos se integran y enriquecen mutuamente haciéndose pasibles de innovación continua, en el marco de la educación permanente. Esta requiere un enfoque prospectivo que permita orientarse al porvenir en la dirección deseada, porque toda educación es un compromiso con el futuro.

El valor de la persona en la educación, la empresa y el trabajo

Durante largo tiempo la educación y el trabajo se caracterizaron por un mutuo desconocimiento y por claros desencuentros. Si bien constituyen ambos, mundos diferentes, funcionan con, lógicas distintas y operan en permanente transformación, encuentran su punto de conexión en el concepto de persona.

En su encíclica sobre “El trabajo humano”, Juan Pablo II afirma: “. . . no hay duda de que el trabajo humano tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo”. Y continúa más adelante: “El trabajo humano es un bien del hombre -es un bien de su humanidad- porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a Sí mismo como hombre, es más, en un cierto sentido “se hace más hombre”.

La educación en su expresión más conceptual, se refiere al proceso mediante el cual el hombre se hace más hombre desarrollando en su interior los valores de la libertad con responsabilidad.

Por ello reafirmamos lo dicho anteriormente: cuando el trabajo contribuye al crecimiento interior de la persona, se constituye en una instancia educativa.

Considerar la dimensión subjetiva del trabajo humano nos permite, desde una perspectiva actual, reafirmar que gran parte del proceso de formación del hombre como tal, se da en el ámbito laboral, es decir, fuera de la escuela.

Por ello, ‘cabe considerar cuál ha sido el rol que al hombre le cupo desempeñar en la empresa y las posibilidades para su formación. En la evolución de la cultura de gestión empresarial se observa con mayor evidencia que las empresas son ámbitos en los que el hombre se realiza a sí mismo por su trabajo.

Desde la Revolución Industrial hasta el día de hoy, la organización y la administración empresarial han aprendido sobre la base de su experiencia que el trabajo humano no es un recurso o un instrumento más entre otros, sino que, por el trabajador, reviste una ‘dignidad tan particular, que si no es, plenamente reconocida y asumida por su organización puede incluso producir efectos en desmedro de la misma realización empresarial.

En esta evolución se reconoce progresivamente la importancia del hombre que trabaja, y se va otorgando mayor significación a la calidad de vida laboral, incluyendo en ella la Calificación e incluso la experiencia de los trabajadores.

Las empresas de principios de nuestro siglo se caracterizaron por considerar al hombre como un mero recurso, focalizando la atención principalmente en el resultado a obtener.

En concordancia con este enfoque, los límites a la tarea se ubicaron únicamente en la tecnología, excluyendo lo propiamente humano del proceso laboral. Por esa razón en este esquema no es posible hablar -en los términos modernos- de calidad de vida laboral.

Más tarde otras escuelas de pensamiento, en un contexto de mayor complejidad técnica y administrativa, introdujeron en la organización del trabajo la consideración de otros elementos.

Se focalizó la atención sobre los aspectos psicológicos, culturales y sociales basándose en la idea de que el hombre debe conocer la Finalidad de su labor. Este conocimiento sería fundamento incuestionable de la calidad de vida laboral.

Sin embargo, un juicio de conjunto de este tipo de enfoques permite apreciar que trabajar en “algo que se sienta propio”, sigue siendo aún una aspiración para la mayoría de los trabajadores.

Desde esta perspectiva de conjunto, también se puede apreciar. por un lado, el vínculo que integra al hombre, el trabajo y la organización; y por otro, los aportes de distintas teorías de dirección -especialmente las basadas, en fines y objetivos. Estos aportes de la década del '40, se deben en buena parte a Peter Drucker y presupone la participación del hombre en la tarea de definir los objetivos, y por lo tanto se destacan significativamente en el proceso de mejoramiento de la calidad de vida laboral.

Hoy las empresas exitosas son las que se proponen la búsqueda de excelencia. El interés ya no está en la eficiencia produciendo más a más bajo costo, sino en hacer las cosas mejor, con mayor calidad, excelencia técnica, estética y humana. En la medida en que esta exigencia de calidad requiere del que trabaja una mayor creatividad, compromete su subjetividad, y al hacerlo humaniza el trabajo.

Lo interesante es advertir cómo paradójicamente, en la era tecnológica, hemos redescubierto el valor de lo singular en el trabajo que por algún tiempo pareció eclipsarse. A su vez esta revalorización de lo original hace crecer una vez más la calidad de vida laboral, en la medida en que las empresas están exigidas por el mercado a imprimir su sello propio en el proceso productivo. Genera así el siguiente efecto: el trabajo humano, y por lo tanto, la empresa como institución es un ámbito llama-

---

do a ejercer un creciente efecto educativo. Y ello en la medida en que al centrar su esfuerzo en la calidad del producto, se ve obligada a establecer condiciones laborales de mayor calidad también.

El hombre que participa del proceso productivo está llamado a poner más de sí en su trabajo, lo que le permite una mayor autorrealización y por lo tanto favorece un proceso educativo.

En este proceso se manifiesta la importancia que ha adquirido el hombre que trabaja como factor principal de la estructura laboral. Estamos ahora en condiciones de afirmar que todo intento por mejorar la calidad de vida laboral pasa hoy por la conciliación de los objetivos empresarios con las necesidades y apetencias de la persona, y por lo tanto, principio y fin de todo hecho cultural. Es esta una constatación que se realiza en el interior de la experiencia empresarial, basada en el hecho incuestionable de la capacidad que las instituciones tienen de aprender de sus propios aciertos y de sus propios errores.

En resumen, el desarrollo mismo de las ciencias de la organización, conduce a un enfoque en el que el trabajo aparece como ocasión de crecimiento integral del hombre.

La educación no ha sido ajena a esta evolución. El proceso educativo transitó itinerarios similares ya que también fue tomando mayor importancia el tratamiento personalizado y la autovaloración del sujeto que aprende.

El espectacular desarrollo de la educación en los últimos años, no se da escindido de otros procesos culturales; por el contrario, está imbricado en un mundo de ideas, vivencias y realidades que van marcando hitos en la evolución científica, técnica y cultural.

---

Las ideas rectoras que van apareciendo a partir de 1945, nos permiten denominar en forma genérica los sucesivos momentos. Así se llama "educación para la paz" que corresponde a la época de reconstrucción y de la posguerra; luego, "educación y democracia" que es la consecuencia ideológica de la contienda bélica mundial; "educación y desarrollo industrial" con su énfasis en la formación profesional y en la educación técnica; posteriormente aparece la etapa de "educación y desarrollo económico" y no sólo industrial. A continuación, se da un tiempo en que la planificación educativa adquiere relevancia y pretende replantearse objetivos y la instrumentación de

la actuación política. Asimismo hay manifiesta preocupación por la evaluación y la experimentación.

De aquí surge el momento actual que puede resumirse como “educación y sociedad” en que combinan, de modo teórico los roles educativos del Estado, de la sociedad y de la familia. Se enfatiza el valor de la relación entre la educación y la empresa y se diseña una idea de difusión cultural, entendida no ya como cultura popular, sino como derecho esencial de todo el hombre a participar de la cultura.

Se avizora una etapa en que han de jugar un papel decisivo la educación permanente, la calidad de vida, el desarrollo político, científico y tecnológico.

A la” educación le corresponderá una actitud prospectiva para adelantarse a las transformaciones propias de las épocas de crisis que encierran también desafíos a la creatividad para adecuarse a un mundo que progresa.

## Educación y trabajo en la Argentina

En cuanto a esta corresponsabilidad, nuestro sistema educativo la ha incorporado desde hace décadas particularmente en el área de la enseñanza técnica. Por su relevancia, uno de los propósitos de nuestra gestión es el de profundizar aún más este compromiso compartido.

Mil ochocientos noventa y ocho representa un año clave en esta relación, entra en escena la Escuela Industrial de la Nación, que significó el primer intento, orgánico y funcional, orientado a conciliar la oferta educativa con necesidades del aparato productivo.

Despaciosamente se fue avanzando hacia lo que por previsión o por intuición se entendió que eran los nuevos intereses y las nuevas expectativas, aunque sin la necesaria y deseable integración de planes -concretos y explícitos-, ni con la continuidad que podría haber correspondido a políticas de mediano y largo plazo.

Las escuelas de artes y oficios fueron apareciendo en distintos lugares del país, y en el momento en que se apuntó a jerarquizarlas se las organizó dentro de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional (1944), mientras por otro carril funcionaban las escuelas de la Dirección Nacional de Educación Técnica, que fueron incrementadas, aunque en

número limitado. Durante el gobierno del General Perón se produjo, además, una apertura promisoría en el nivel superior del sistema pues el trabajo, y lo que se dio en llamar la cultura del trabajo, adquirieron status universitario e ingresaron en el nivel académico con la creación de la Universidad Obrera, después Tecnológica, fueron embriones concretos y lúcidos en la línea de vínculo y funcionalidad de Educación y Trabajo en el comienzo de un auténtico proceso de industrialización nacional, si bien referido a la industria liviana preferentemente.

Desde el año 1959, con la creación del Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET), la Argentina se constituyó en pionero internacionalmente, al integrar las fuerzas del trabajo y de la empresa en la tarea de cogestión, tanto a nivel de la planificación como en la toma de decisiones de naturaleza político-educativa. En efecto, el CONET es la conjunción del mundo empresarial, la educación y el trabajo en la responsabilidad común por el perfeccionamiento del hombre y su cultura.

Cabe agregar que en el orden de la Política Nacional, nuestra gestión ha generado un espacio de coparticipación educativa con la creación del Consejo Consultivo Honorario de la Educación Argentina. Esto es una demostración clara de nuestra voluntad de implementar un amplio marco para que la comunidad nacional en todos sus sectores, entre los que se distinguen el universo empresarial, tanto de la industria y el comercio como agropecuaria y las diversas vertientes del mundo laboral, puedan hacernos llegar sus aportes para el diseño de un sistema educativo actualizado que logre responder a los altos desafíos que los argentinos están llamados a enfrentar en el difícil momento que nos toca vivir.

Pero sabemos que esta actuación no es suficiente, la misma debe ser incrementada con canales sólidos en las bases legítimas del sistema: cada escuela, cada institución educativa. Los representantes de las fuerzas vivas locales tienen un potencial de creatividad y recursos que no podemos soslayar.

### Calidad de vida y educación permanente

Cuando hacemos referencia a la calidad de vida laboral no tenemos en cuenta sólo la satisfacción de las necesidades básicas del hombre, sino que ampliamos su horizonte a una consideración integral del ser humano ya que cuando el hombre trabaja, aun en actividades manuales, lo hace, todo el hombre.

Bs por eso que hemos de considerar la calidad de vida laboral más allá de la satisfacción de necesidades materiales, para incluir también lo que hace a otras necesidades y apetencias subjetivas.

Esta ampliación y variación sistemática se advierte a partir de la revolución industrial a través de la promoción de valores compatibles con el nuevo orden económico.

Es indudable que el contenido de dicho concepto no es unívoco desde el punto de vista pragmático, sino que se relaciona con las propuestas de cada sociedad, entre los recursos exigidos para su propia subsistencia y los que pone a disposición de los individuos a fin de satisfacer sus necesidades materiales y espirituales.

Desde el punto de vista lógico-ontológico el concepto de calidad de vida es análogo, debido a que en él subyace algún modelo de bienestar. Se considera que hay tantos modelos de calidad de vida como concepciones del hombre, y por ende, de sus necesidades esenciales sustentadas por los distintos sistemas sociales.

La realización concreta de estas concepciones está subordinada, en cada caso, a los condicionamientos internos y externos que influyen sobre la supervivencia de la sociedad global.

El bienestar de los habitantes de una Nación no se restringe a un crecimiento económico, sino que incluye realizaciones espirituales, de recreación, afectivas, culturales que en su conjunto configuran la calidad de vida.

Debe quedar clara la diferencia que existe entre “nivel de vida” y “calidad de vida”; una apunta a la posesión, al tener y la otra es relativa a la manera de ser.

Hemos enfatizado la necesidad de que la educación actual incorpore un enfoque prospectivo. Su objetivo es considerar el ‘espectro de posibilidades de un futuro, en vistas a proporcionar los medios más certeros y eficaces para encontrar la dirección adecuada. Este enfoque se puede sintetizar en la educación permanente que atiende a los cambios vertiginosos que se suceden.

Diseñar acciones para el porvenir es una tarea complicada dados los avances tecnológicos y materiales. Sin embargo, no es posible soslayar esta urgencia. Las reformas educativas han de anticiparse a las necesidades y situaciones socioeconómicas cada vez más difíciles, como son los aspectos de educación-

empleo. Ante la necesidad de vivir en el cambio, la educación permanente debe atender a opciones de futuro, ya por desempleo o por nuevas aspiraciones en el campo laboral, pues es probable que cada trabajador tendrá que hacer desplazamientos pasando por distintas empresas, ocupaciones, trabajos o funciones.

El modelo de un mundo más humano para nuestros hijos, que ya se asoman al siglo XXI, no puede ser una tarea legada exclusivamente a los educadores “profesionales”, sino que los encargados de la gestión empresarial, tienen también una importante responsabilidad.

Como Ministro de Educación de la Nación, encargado de desarrollar en el ámbito educativo y cultural las propuestas de transformación estructural del Presidente Menem, también debo decirles que somos conscientes de la necesidad de orientarnos por principios morales en la tarea de reformar el Estado, reduciéndolo para hacerlo más eficiente.

No podemos redimensionar al Estado a costa de la Justicia Social. Hoy los convocamos para que ambos objetivos no se desarticulen. Necesitamos comenzar un serio programa de reconversión laboral nacional.

Debemos hacer un estudio profundo del potencial del hombre y la mujer argentinos en su trabajo, para encontrar nuestra ventaja comparativa y competitiva en el orden internacional.

Es necesario descubrir el “nicho” para nuestra inserción plena en el mundo, no sólo por el valor de los productos de nuestra tierra, sino, fundamentalmente, por el valor agregado que los argentinos podemos aportar con nuestro trabajo manual e intelectual.

Estamos convocándolos hoy para desarrollar un programa de reconversión laboral nacional que ha de tener a su cargo el diagnóstico de los recursos humanos disponibles, la evaluación de su rendimiento potencial y la determinación de los ámbitos para su reinserción, existentes y a crear.

A su vez, el programa debe diseñar las estrategias de capacitación laboral en orden a contribuir con la revolución productiva, allí donde el talento de los trabajadores sea mejor aprovechado.

Pensamos en un programa con representación de distintas instituciones privadas y estatales, que funcione con autonomía,

en el que puedan trabajar con libertad, mancomunadamente y en el mejor nivel técnico, los empresarios, los gremios, los especialistas, los educadores y los administradores públicos, con el cometido común de elaborar un plan de reconversión laboral para la Argentina en transformación.

Porque la persona es superior a toda ideología, porque no somos estatistas pero tampoco privatistas.

Nuestro proyecto transformador apunta a colocar al hombre como centro de todo hecho cultural, político o económico, al hombre como sujeto, principio y fin de la cultura.

Si lo entendemos así, empresarios y educadores nos veremos comprometidos solidariamente en la tarea común de recrear cada uno desde su propia responsabilidad, una cultura del trabajo que se presente como auténtica alternativa a los reduccionismos instrumentistas. La sociedad argentina lo requiere.

Por ello deseamos terminar convocándolos, como dirigentes de capacitación, a asumir en forma personal el esfuerzo de recrear la cultura del trabajo en la que el hombre, como protagonista del hecho productivo, crezca hacia su más plena realización como persona.

Muchas gracias.

---

---

**EDUCACION Y TRABAJO**  
ALDOCARRERAS

---

El objetivo de la política educativa del Consejo Nacional de Educación Técnica, tiene como marco educar en el proceso de unidad nacional, recrear la cultura del trabajo, impulsar la Revolución Productiva y potenciar la justicia social y la dignidad de los trabajadores.

Si existe una institución en la Argentina a la cual se reconoce como la de mayor relación entre el sistema educativo y la estructura del trabajo y la producción, esa es el CONET. Basta recordar a aquellas escuelas-fábricas que dieron origen a este organismo.

Recrear la cultura del trabajo significa formar conciencia de que el saber se genera en la producción. Es a través del trabajo acumulado del hombre, generación tras generación, que el conocimiento actual ha podido forjarse y hasta se ha metodizado pedagógicamente para poder ser 'trasmitido. Por ello, hemos encaminado nuestra práctica pedagógica en las Escuelas Técnicas y en los Centros de Formación Profesional relacionándola con la labor de las fábricas, empresas u otras unidades productivas.

El proyecto de una Educación Técnica y Profesional vinculada a la realidad y a las necesidades del desarrollo económico y social del país, parte de la idea, prioritaria, de que la escuela ejerce una función social insustituible.

A los educadores corresponde ayudar y completar tareas que comienzan como derecho y deber de la familia. Este objetivo consiste no sólo en cultivar las facultades creativas, intelectuales y estéticas de nuestros jóvenes, sino también en favorecer actitudes y valores justos y solidarios vinculados al patrimonio cultural construido por la experiencia histórica de nuestro pueblo.

La educación como práctica social debe formar hombres buenos y capaces para vivir en comunidad. Pero esta aspiración no debe quedarse en el marco de lo conceptual sino llegar al compromiso concreto con la realidad. No puede existir divorcio

entre pensamiento y acción, sino ambos complementados con las necesidades y aspiraciones nacionales.

Los problemas de la educación están íntimamente vinculados a la complejidad de nuestra sociedad, a la que urge transformar para reconstruir su tejido social y su estructura productiva.

La época actual caracterizada por los grandes cambios tecnológicos, sociales y culturales, está poniendo en tela de juicio las bondades de los sistemas educativos en el mundo. El desafío que se le presenta a la educación en el presente es el replanteo de su relación con las modificaciones que impactan a las estructuras productivas y al mundo del trabajo.

Los sistemas educativos, especialmente de los países subdesarrollados, sufren presiones derivadas principalmente de la urgencia de encontrar opciones válidas, adecuadas a los cambios económicos y a las políticas generales, a las que debe responderse con una política educativa acorde.

El crecimiento económico exige del sistema educativo que proporcione al educando el aumento de sus potencialidades y una formación para el trabajo, dándole una habilitación profesional que le permita incorporarse al mundo laboral y a la expansión económica del país. Se debe obtener el desarrollo de las calificaciones en todos los niveles, desde los obreros hasta los cuadros superiores, comprendiendo a la totalidad de los sectores de la actividad económica, con la incorporación de las nuevas tecnologías alcanzadas y utilizadas de acuerdo con las prioridades y necesidades regionales y locales.

Es fundamental que toda tendencia a buscar la integración educativa para un país productivo, en cualquier plan federal que se encare, debe considerar a la Enseñanza Técnica y a la Formación Profesional como pivote principal de la movilidad laboral, acompañando al trabajador durante toda su vida activa, reeducándolo de manera permanente.

Si el trabajador no puede hacer suyo el saber científico, sino que sólo accede a su divulgación o vulgarización, el problema de los cambios técnicos se dificulta. Una de las posibilidades para enfrentar este desafío es el rol decisivo del “hacer para aprender”.

La Enseñanza Técnica, la Formación Profesional, la Educación Obrera, la Capacitación Sindical, la Educación Indus-

trial, Agraria o Mercantil, respetando autonomías e identidades, apunta cada vez más a la responsabilidad compartida entre el Movimiento Obrero Organizado, los Empresarios y el Estado, en la investigación y el desarrollo de las nuevas modalidades de producción.

Incuestionablemente el aparato productivo sin la incorporación de nuevas tecnologías pierde capacidad competitiva, Y la fuente de trabajo tiende a debilitarse. La empresa adopta el cambio tecnológico o poco a poco deja de ser beneficiosa. Sería contradictorio levantar las banderas de la producción y el trabajo y al mismo tiempo desconocer los cambios que se desarrollan en la ciencia y en la tecnología.

La investigación científica, y las técnicas derivadas de ella, han constituido históricamente, y a largo plazo, el motor del progreso social. En lo coyuntural, la obsolescencia de todo un conjunto de conocimientos es fuente de riesgos y de desafíos sociales.

Educación en la cultura del trabajo implica una acción multidireccional donde la capacitación de jóvenes y adultos debe estar planificada y organizada a partir del consenso entre todos los sectores que de alguna manera participan del desenvolvimiento sociocultural del trabajador.

Es la concertación social, en el marco de la Revolución Productiva, el mecanismo fundamental que permitirá, en el ámbito educativo, la concreción de una acción que tenga como eje el vínculo de educación y trabajo. Los servicios de Enseñanza Técnica y de Formación Profesional tienen que disponer de la voluntad tripartita de los profesionales de la actividad docente; de los empresarios, sus cámaras, asociaciones, consejos y de los trabajadores organizados a través de sus gremios, sindicatos, federaciones, en un esfuerzo común, participativo e integrado, para desarrollar programas planificados de acuerdo a las exigencias del mercado laboral y a la realización plena del trabajador.

El principal desafío de la comunidad argentina en materia de educación técnica y capacitación y formación Profesional es mantener un ámbito donde empresarios, educadores y movimiento obrero sean capaces de concertar un esquema educacional, a la luz de un modelo político y socio-económico reconocido como propio por la gran mayoría de los estamentos sociales argentinos,

El proceso de transformaciones permanentes en el conocimiento científico y en la capacidad técnica obliga a atender los efectos que se producen por la incorporación de nuevas tecnologías e innovaciones productivas, que focalizan la problemática social en una constante reconversión laboral. La previsible continuidad de este proceso en las industrias más dinámicas, obligará a una recapacitación permanente de mano de obra. La reestructuración del Estado, paralelamente, pondrá a la Educación Técnica y Profesional frente al desafío pedagógico de atender la formación del personal que deba cambiar su lugar de trabajo o pasar a la actividad privada.

Esta nueva etapa que se inicia en la Educación en el Trabajo, se dará en un contexto de desequilibrios estructurales, de subsistencia de grandes sectores de población en situación de pobreza extrema, de contracción del empleo y de cambios estructurales orientados a superar la crisis.

El reciclaje laboral reclama que todo el sistema educativo, y especialmente las modalidades de técnica y formación profesional, responda a una estrategia global y con alcance nacional en un proceso que esté íntimamente ligado a las tradiciones, cultura y característica de cada región.

El proyecto educativo debe, además, generar estrategias de participación que introduzcan a los jóvenes en la valoración del trabajo, la producción, la ciencia y la tecnología, para el logro del crecimiento económico y la justicia social.

El trabajo debe ser entendido no sólo como un instrumento de producción, sino también como una dimensión fundamental en la realización de la persona. Si bien el hombre con su trabajo aporta al proceso económico, al mismo tiempo -mediante ese trabajo- dignifica su existencia y contribuye solidariamente con el conjunto de la sociedad. El centro de gravedad de la economía es la justicia social, que debe darse en el mismo tiempo que la actividad económica y productiva.

La enseñanza y el aprendizaje no son actividades exclusivamente intelectuales, deben desarrollarse dentro de un concepto más amplio que entendemos como "cultura del trabajo" y que significa formar conciencia de que "el saber" se genera en el "el hacer". A ese saber confluye la tecnología como aliada del hombre y vinculada a él, desde una dimensión ética,

Porque como dice Juan Pablo II en la Encíclica Laborem Exercens, “el trabajo humano tiene un valor ético, el cual está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo”,

---

Discurso del señor Presidente del C.O.N.E.T., Profesor Aído O. Carreras, en la apertura del Ier. Encuentro Nacional para la Capacitación Integral y Permanente del Trabajador. Buenos Aires, 29 de octubre de 1990.

---

---

---

En los últimos años, desde todos los sectores, se habla de una Tercera Revolución Industrial, la cual implicaría una nueva realidad tecnológica y productiva a escala mundial.

Esta nueva situación está modificando la realidad del conjunto de los recursos naturales, por una parte, y la de la fuerza de trabajo por otra.

La historia de las sociedades humanas ha sido una sucesión de procesos sociales y culturales vinculados a revoluciones tecnológicas. Los cambios en la ciencia y en la técnica modifican las relaciones de los hombres con su medio natural.

Las transformaciones del mundo de fin de siglo se nos presentan a todos los argentinos como un difícil pero apasionante desafío. La manera de cómo comprendamos y planifiquemos el futuro repercutirá, incluso, en los resultados de nuestros, objetivos inmediatos.

Las revoluciones, decía el General Perón, son, los cambios estructurales necesarios que se practican para ponerse de acuerdo con la evolución de la humanidad, que es la que rige todos los cambios que han de realizarse. La revolución no es una causa sino un efecto de esa evolución, que nosotros debemos poner al día a través de los cambios del sistema.

---

No podemos olvidar que gran parte del progreso de la humanidad fue realizado sobre el esfuerzo y el sacrificio de los pueblos. Nuestros principios nos señalan, que los cambios estructurales que nuestra sociedad necesita para ponerse al nivel de la evolución presente, deben hacerse a partir de un esfuerzo mancomunado, un esfuerzo realizado por todos en bien de la comunidad y de cada sector dentro de un régimen de acuerdo y concertación.

Esta es la idea de democracia integrada, donde cada uno hace su vida con toda libertad, y haciendo posible que, en esa comunidad realizada cada uno pueda, de acuerdo con sus condiciones y según sus esfuerzos, realizarse a sí mismo.

Debemos construir una Argentina que incorpore las nuevas tecnologías preservando su identidad cultural y en la que se distribuya con justicia tanto los bienes materiales como los culturales.

Los objetivos de Unidad Nacional, Revolución Productiva, Pacto Federal, Concertación Social e Integración con América Latina deben ser la guía permanente para reconstruir la Nación, cuyos intereses han de estar siempre por encima de todo apetito personal o sectorial.

Una Nación no es meramente un concepto abarcador del conjunto de hombres y mujeres que habitan un territorio; es una noción mucho más integral, es el designio final de la evolución, desarrollo y síntesis de la conciencia colectiva. Es el triunfo de la unidad de criterios de todos los sectores sociales que han convenido en una integralidad jurídicamente constituida.

Sólo una integración a partir de la voluntad de los pueblos, desde la libertad y la afirmación de las identidades nacionales y culturales propias, podrá ser una garantía para que la humanidad pueda disfrutar de un mundo mejor en el futuro.

América Latina se insertará en la era de la informática y de la cultura universal acarreado el problema de sus diferencias económicas y sociales irresueltas y de su inconclusa modernización.

En la hora actual en lo científico-tecnológico se reconoce el núcleo del problema del crecimiento. Debemos, pues, construir una Argentina que integrada regionalmente incorpore las nuevas tecnologías preservando su identidad en el marco de un proyecto nacional.

Esta es la condición de referencia obligada para resistir los embates a que este nuevo momento histórico nos expone. Allí están nuestros valores, nuestro sentido de la vida, nuestra forma de ser, nuestro destino histórico. Desde esa perspectiva debemos planificar para que la tendencia de la integración planetaria no nos sorprenda sin unidad de concepción ni vacíos de contenidos.

Pensemos así en nuestro hombre argentino y definémosle su rol, que comprenda a la Nación como una unidad abierta, con espíritu universalista pero consciente de su propia identidad.

Es desde esta base que debemos realizar la Revolución Productiva, objetivo prioritario de nuestro gobierno; para ello la reestructuración y modernización necesaria del Estado debe complementarse con un modelo que contemple los intereses nacionales y las necesidades mayoritarias.

El papel de la Educación como basamento constitutivo en la formación en la cultura del trabajo adquiere hoy más que nunca un lugar destacable en la reconstrucción argentina.

Esta tarea educativa debe revalorizar el trabajo como tránsito a la realización personal, inserto en un espíritu solidario. Creemos fervientemente, que esta tarea no es solamente de un sector, sino de todos los miembros de la comunidad.

El problema educativo es un tema demasiado trascendente dentro de la crisis argentina como para que quede circunscripto exclusivamente al ámbito docente. Es en este ideal que hoy el Ministerio de Educación a través del CONET convoca a los protagonistas de la producción y el trabajo a esta responsabilidad tripartita. Teoría y práctica tendrán desde hoy y en este ámbito, la posibilidad de fusionarse en un proyecto de trabajo común.

Siempre hemos creído en la colaboración inteligente que pueda cumplir una función social. En este presente la organización de los trabajadores es condición imprescindible para la solución auténtica de nuestros problemas. Los trabajadores constituyen un elemento indispensable de todo proceso de cambio. Los educadores necesitamos que los sectores empresariales y obreros definan cuál es la organización social a la que aspiran y los modos de resolver los cambios que la sociedad nos presenta.

En las nuevas reivindicaciones que los trabajadores han incorporado a su lucha gremial, el derecho a la capacitación permanente debe ser irrenunciable. Esta capacitación no debe limitarse a lo técnico sino a su formación integral para que esta sumatoria constituya el medio esencial que supere a todos los demás instrumentos de lucha.

Los trabajadores organizados deben auspiciar la incorporación de nuevas tecnologías y al mismo tiempo exigir una educación que les permita convivir creativamente con ellas.

También necesitamos del apoyo empresarial para el entrenamiento del personal, el reciclaje laboral, becas, cursos, entendiendo a la empresa como instrumento de progreso social y un sistema cuya eficiencia debe ser siempre incrementada

También la formación de dirigentes gremiales tiene la necesidad de preparar para asumir nuevas situaciones que requerirán conocimientos técnicos e imaginación.

Trabajo y educación deben estar vinculados para adaptarse a los nuevos desafíos de la realidad y a la vez transformarla.

Que estas jornadas, entonces, sirvan de enriquecimiento a todos los proyectos que desarrollemos para educación y trabajo.

La formación vocacional y el reciclaje laboral son un camino que debemos transitar en la solución de los problemas derivados por el impacto de las crisis económicas. Nuestros programas y proyectos deben apuntar hacia la capacitación necesaria que sirva de apoyo a la estimulación y la reactivación de la producción. La educación vinculada a la vida económica y al mundo del trabajo será un instrumento indispensable en el proceso de transferencia, adaptación y desarrollo de tecnología.

Los conocimientos deben crear las actitudes y destrezas que el presente requiere, respondiendo a los intereses de la niñez y de la juventud, cada día más alerta y motivada para plantearle los problemas actuales y los desafíos del futuro.

Es prioritario que en estas jornadas, educadores, empresarios y trabajadores estimulen innovaciones en lo referente a contenidos, métodos, tecnologías, recursos de aprendizaje, planeamiento y administración. Que pensemos programas con un enfoque integral del fenómeno educativo, que se articulen con el esfuerzo de otros sectores y con una activa participación de la comunidad.

Educación y trabajo deben unirse en la búsqueda de mejores niveles de vida individuales y colectivos.

Propugnemos entonces, un sistema que nos permita poner a la educación al frente de este devenir, que se reconozca en ella al mayor exponente, que sea la vanguardia creativa que contenga en sí misma las aspiraciones y creencias de progreso de los individuos.

La educación tecnológica vinculada al mundo del trabajo debe ser parte integral de nuestro proyecto educativo. Si a los alumnos se les imparte un conocimiento de la tecnología y de la capacitación laboral como parte de su formación general, su búsqueda de empleo podrá hacerse más fácil y su periodo de entrenamiento en cierta medida será más breve y efectivo.

Decidírnos a romper con los antiguos modelos y apelar a la creatividad es posible y necesario.

La Nación a la cual aspiramos llegar en un futuro necesita de sueños, proyectos, intercambio de experiencias y propuestas.

Pensemos un país laborioso donde todos puedan realizarse plenamente en el concepto de esa comunidad organizada para la que nos convocó el General Perón.

Construyamos las herramientas, propongamos un pensamiento, una acción, una visión abarcativa y seremos, sin ninguna duda, la Nación que imaginamos y la Nación por la que vivimos.

---

---

## **EDUCACION Y TRABAJO: UN DESAFIO PEDAGOGICO**

Conferencia dictada por la Profesora Marta Ester Fierro en la tercera feria regional de Ciencias del Noreste del Conurbano Bonaerense Exp./90 y Tercer Seminario Provincial de Extensión de Actividades Científicas y Tecnológicas en la Educación. Partido de 3 de Febrero. Día 2 de octubre de 1990.

---

Nuestro país está viviendo un proceso de transformación nacional que nos necesita a cada uno de nosotros como protagonistas activos de su construcción. "La transformación nacional hará posible que el interés nacional prevalezca sobre los privilegios de propios o extraños, la justicia social sobre el desamparo de los más débiles, la competencia sobre los monopolios, la producción y el trabajo sobre la especulación, la solidaridad sobre la indiferencia, la apertura al mundo sobre el aislamiento internacional." (1)

Así hoy el Gobierno Nacional se plantea una Argentina en proceso de integración con Latinoamérica y formula como ejes que nutren sus diferentes políticas: el pacto federal, la unidad nacional, la concertación social y la revolución productiva.

En este contexto al ámbito educativo le compete la difícil tarea de redefinirse para poder coadyuvar a lograr los objetivos nacionales. Pero para ello es indispensable formular y concretar un nuevo modelo educativo que sea la expresión del proyecto político actual; así como en su momento lo hizo anteriormente la generación del '80.

Por eso hoy, al hablar de educación y trabajo, vamos a plantearlo en primer lugar desde la perspectiva de las líneas directrices de las políticas del gobierno actual. Cuando hablamos de Pacto Federal y estamos analizando la educación y el trabajo, estamos planteándonos una organización para la tarea que, por una estricta cuestión de justicia social y de construcción del país de todos, posibilite el desarrollo del niño, del adolescente, del joven y del trabajador en general, tanto de la Puna como de Santiago del Estero, Misiones o de Tierra del Fuego. Esto en sí mismo tiene un profundo sentido que enmarca las decisiones del Gobierno Central. ¿Por qué? Porque significa que las acciones deben ser acordadas con las autoridades pro-

---

(1) (MENEM, C.; DROMI, R.; julio 1990, "Reforma del Estado y Transformación Nacional"; pág. 12, Edit.: Ciencias de la Administración).

vinciales porque el nuestro es un país federal y en segundo lugar porque la distribución de los recursos existentes deben garantizar que en todos los rincones de nuestra Patria el desarrollo pueda darse en forma armónica priorizando inclusive aquellas zonas más necesitadas.

Así las acciones deberán estar necesariamente vinculadas con los programas de desarrollo regional y simultáneamente entroncadas con las raíces culturales de cada una de las regiones. Porque las formas de trabajar son manifestaciones de la Cultura que tienen que ver con el entorno ecológico, con el “saber acumulado” que se ha mamado. Por ejemplo, no es lo mismo cultivar la tierra en la provincia de Buenos Aires que hacerlo en La Rioja y Catamarca. Y aquí vemos cómo hablar del trabajo en las distintas regiones implica analizar necesariamente el desarrollo científico tecnológico y la incorporación de aquellos elementos convenientes para cada una de las regiones del país.

.Pero así como es necesaria esta construcción federal, también es vital garantizar la UNIDAD NACIONAL porque si nosotros no garantizamos la coherencia nacional tendremos veinticuatro islas. Si bien existen diferencias regionales, tenemos que concebirlas y plantearnos alternativas como País. Porque existen realidades sectoriales comunes y las prácticas laborales de cada una de ellas exigen que desde el ámbito educativo realicemos los diagnósticos particulares cuantificando y cualificando la actualidad de los trabajadores de la carne, de obras sanitarias, de luz y fuerza, etc., para poder dar respuestas educativas adecuadas.

Sin embargo, con esto solo no basta, porque en el aquí y el ahora de Argentina aún nos quedan por resolver falsas antinomias y llegar a las síntesis que el País necesita para salir adelante.

Significa sustantivamente intelectualizar el trabajo manual y generar respuestas pragmáticas a partir del trabajo intelectual, significa la posibilidad de compartir la búsqueda de soluciones entre el universitario y el que tiene el overo<sup>1</sup> puesto y resuelve la cotidianidad de los problemas sin tener en cuenta si es una ecuación de 20 ó 40 grado. Esta falsa antinomia entre el trabajo manual y el intelectual es lo que nos ha llevado en los currículums escolares a desconocer la integralidad de la persona.

---

El tercer eje de las políticas nacionales: la, concertación social, es sustantivo porque también implica la búsqueda conjunta de la resolución de los problemas concretos de hoy. Implica que empresarios y sindicatos son capaces de sentarse en una mesa y plantear en forma conjunta demandas educativas específicas o posibilita la estructuración de respuestas educativas flexibles donde la práctica es eje de la reflexión que permite la construcción del conocimiento. Así la triangulación indispensable para dar respuestas adecuadas es Empresa, Sindicato, sector educativo, siguiendo esta línea de pensamiento llegamos a la necesidad de concretar la Revolución Productiva. Sin desconocer los análisis económicos que la posibiliten, nos preocupa aquí plantear nuestra responsabilidad desde el ámbito educativo. Porque para que ella sea posible es necesario incorporar el desarrollo tecnológico y optimizar la práctica de la resolución de problemas. Porque en última instancia trabajar es resolver problemas concretos, aunque éstos sean a veces rutinarios. Ya hace muchos años el General Perón hablaba no sólo de la necesidad que el capital esté al servicio del trabajador sino también de incorporar como elemento sustantivo para el análisis integral de la cuestión el sistema científico-tecnológico. Sin embargo, en nuestras escuelas seguimos enseñando a partir del discurso escrito en los libros, y desconociendo los avances de la ciencia y la técnica. No formamos trabajadores, ni personas con conciencia de los derechos del trabajador ni de las responsabilidades sociales que tiene. Ante esta realidad es necesario preguntarnos cuáles son los puntos nodales que tienen que cambiar en nuestro sistema educativo para que se pueda acompañar el proceso de la Revolución Productiva.

Esta reflexión nos lleva a repensar el, verdadero significado del trabajo. Decir “existe una sola clase de hombres: los que trabajan”, tiene un significado muy profundo porque estamos expresando que el trabajo dignifica al hombre, le permite realizarse mas plenamente como persona en una comunidad. Así contemplamos la dimensión social que implica y como ella debería vincularse con la solidaridad.

Dijimos que no podemos pensar en el trabajo sin pensar en la cultura para poder entender al hombre. ¿y qué nos pasa en la Argentina hoy? Creo que más que nunca deberíamos atender al llamado de los obispos latinoamericanos en Puebla cuando nos invitan a revisar críticamente las pautas culturales de nuestro tiempo porque como toda sociedad cambiante en-

cierra en sí misma contradicciones. Así encontramos que las últimas generaciones hemos perdido la dimensión trascendente del trabajo y de la solidaridad (o caridad). Pero cuando nos referimos a la perspectiva axiológica no significa sólo aquel que trabaja en la fábrica como obrero o empresario sino también al trabajo cotidiano de la ama de casa o del niño que colabora responsablemente en su hogar. Llevado al ámbito de la escuela significa la responsabilidad de no dejar el aula llena de papeles porque total hay una persona a quien le pagan para limpiar. Este tipo de reconstrucción cotidiana nos lleva a repensar la dinámica de las organizaciones institucionales para generar prácticas concretas en la vida institucional que posibiliten internalizarlo como valor. Así concebido debemos reconceptualizarlo para no restringirlo a un aspecto economista.

Debemos recuperar la práctica personal de aprender como trabajo gratificante que incluye el necesario intercambio de saberse en un grupo o la recuperación de las conclusiones del esfuerzo de otras personas volcadas en libros, revistas, etcétera.

Pero además para incorporarlo a la vida escolar como valor cultural formativo es indispensable que también lo incorporemos como eje didáctico. Si hacemos un análisis desde el punto de vista del aprendizaje, veremos que para aprender es necesario, simplificando el análisis, generar una nueva estructura de conocimiento a partir de vencer una dificultad o problema. Cuando esto ocurre, la nueva estructura se integra a lo ya conocido formando una totalización mayor y es posible que sea generalizada y transferida a otros campos de la realidad. Ya no es una parte sino que se integró y es capaz de ser usada en multiplicidad de formas. Para que esto sea posible es condición que exista un problema para resolver, y para resolver problemas hay que trabajar. Pero es importante que estos problemas sean significativos para los alumnos y no sólo para el docente porque si no en realidad hacemos “como si” resolviéramos problemas, repitiendo los pasos que otro estructuró para dar una respuesta adecuada. Y nadie se gratifica ni aprende con estas simulaciones. Si en última instancia trabajar es resolver problemas, entonces en nuestras escuelas tenemos que resolver problemas y para hacerlo tenemos que trabajar. Por otra parte esto permitirá la internalización de una actitud y una metodología científica y tecnológica para encarar los trabajos.

---

Ahora bien, de nada serviría si en la estructuración curricular no estuvieran presentes los núcleos conceptuales que posibiliten partir de problemas reales y concretos cercanos a la realidad local o sectorial, en el caso de los adultos, de los alumnos. Así la organización de la planificación a partir de núcleos generadores de aprendizaje que integren la resolución integral de problemas es indispensable. De este modo las componentes nacionales y provinciales del curriculum tienen necesariamente un cierre particular en cada unidad educativa. Así ayudaríamos a que los aprendizajes escolares tengan un significado concreto y se propiciaría el trabajo descubriendo la importancia del esfuerzo propio y la importancia de la contribución solidaria en el grupo para resolver problemas. También de esta forma la institución educativa puede responder a las demandas educativas de una comunidad particular.

---

Reflexionando estas cuestiones en el ámbito específico de la educación de adultos deberíamos ser mucho más exigentes todavía. Porque los alumnos son adultos que trabajan para ganar su sustento, o trabajan para contribuir a que otros en la familia traigan los ingresos al hogar o busquen el modo de traerlo. Insistimos en lo dicho anteriormente, al hablar 'del trabajo no nos referimos' sólo al económicamente productivo sino también al socialmente activo. Así los adultos-alumnos son trabajadores y los docentes también, por lo que tenemos la responsabilidad de garantizar una propuesta de aprendizaje entre trabajadores adultos, donde se posibilite recuperar los aprendizajes adquiridos fuera del sistema educativo para partir de ellos. Estas cuestiones son básicas para repensar la reorganización institucional y metodológica en los centros de educación de adultos. Pero sin embargo esto solo no bastaría. Es necesario reformular el qué enseñar y para ello es necesario dejar la omnipotencia que a veces nos caracteriza a los educadores para poder escuchar las necesidades educativas que surgen de lo social, lo productivo o de las demandas de organización comunitaria. Como muchas veces ellas no son explícitas, deberíamos desarrollar estrategias que posibiliten a las propias comunidades regionales o sectoriales concretar y explicitar las propuestas prioritarias. Si somos capaces de hacer esto vamos a vernos enriquecidos porque vamos a recuperar sustantivamente nuestro rol intransferible como trabajadores de la educación que es de articular respuestas pedagógicas a las demandas de la comunidad. Porque cuando nos planteamos que el

educador es un trabajador social no nos referimos a que asuma el papel de agente sanitario, de los miembros del centro vecinal o del delegado del sindicato. Nos estamos planteando como especificidad en su función organizar instancias de protagonismo de la gente del barrio y de la empresa o del sindicato para analizar con ellos cuáles son las necesidades de esta comunidad concreta y en función de ellas articular ejemplos y trabajos de aprendizaje que posibiliten la resolución de problemas tanto en lo referente a la capacitación laboral específica como a los conocimientos necesarios para poder desarrollar creativa y eficazmente los trabajos cotidianos.

Sintetizando, necesitamos reformular nuestras instituciones para que se pueda internalizar el trabajo como valor, pero simultáneamente debemos posibilitar que se constituya en eje didáctico que incida en lo metodológico y en la estructuración curricular sin descuidar la capacitación laboral específica.

La construcción de una práctica educativa de este tipo generalizada a todo el sistema, formal y no formal, nos posibilitará ser protagonistas activos de la transformación nacional desde nuestro sector específico. Pero simultáneamente estaremos gestando un nuevo modelo educativo intrínsecamente vinculado al nuevo país que aspiramos. Es un gran desafío, pero, estaremos dispuestos a trabajar para lograrlo !

**TRABAJO, PROCESO EDUCATIVO  
Y PARTICIPACION SOCIAL \***

ANTONIO SALONIA

---

\* En: **Ideas y Propuestas para la Educación Argentina. Academia de Educación. Buenos Aires, 1989, p. 157.**

Penetrar en el mundo de las relaciones entre educación y trabajo resulta tarea altamente enriquecedora, no sólo por el valor y la fecundidad intrínseca de estas realidades, sino también por la capacidad de generar nuevas ideas, diversos planteamientos y distintas soluciones a interrogantes y problemas que aquejan a las sociedades actuales.

Si se observan los itinerarios históricos de los componentes de esta relación desde el momento en que la actividad educativa adopta formas y perfiles distintos hasta la compleja situación presente, se distinguen situaciones claramente definidas. Por una parte, un extenso período caracterizado por el desencuentro permanente y el mutuo desconocimiento y, por otra, ensayos de acercamiento y progresiva integración.

Universos tan ricos y complejos reconocen múltiples causas, de orígenes diversos, que determinan la naturaleza y los modos de la interacción. Factores políticos, sociales, económicos y culturales surgen espontáneamente del análisis de los procesos involucrados y permiten identificar etapas bien diferenciadas en el campo de las relaciones entre formación y producción, cultura intelectual y cultura manual.

La tendencia que conduce a una creciente integración entre escuela y trabajo se da en dimensión universal. Sociedades que transitan distintos estadios de desarrollo enfrentan idénticos desafíos y formulan respuestas orientadas a satisfacer los requerimientos de cambio y transformación que distinguen no sólo a los sistemas educativos sino también al conjunto de los procesos sociales.

Un clima de efervescencia comienza a invadir a las naciones. Los ensayos son permanentes y las experiencias se suceden sin solución de continuidad: crecen los protagonismos y se amplía el ámbito de los actores sociales. Las decisiones compartidas ocupan mayores espacios y se reconoce la necesidad de una cuota cada vez más importante de inteligencia y audacia para conquistar el porvenir. Todos se comportan como si la innovación se hubiera instalado definitivamente en la sociedad contemporánea.

De la “Paideia” a la introducción de la máquina

Desde que los antiguos griegos asumieron la actividad formativa como práctica autónoma, con peculiar fisonomía, con espacio propio, con reglas de juego preestablecidas y con protagonistas exclusivos, la educación no ha cesado de remarcar sus fronteras y sus diferencias con el medio circundante.

En el mundo griego, la educación tenía claro sentido de servicio y era evidente su subordinación al proyecto político de la sociedad. Los fines formativos y la práctica pedagógica se explicaban a partir del contenido y las formas de la cultura que le servían de sustento.

Precisamente, la esencia y los modos de esa cultura eran profundamente aristocráticos, no sólo por haberse instalado en el sector económicamente privilegiado, sino también por sus orígenes nobles y cortesanos. En estos ámbitos abundaba el “ocio”, actitud y tiempo disponibles para el cultivo de los bienes ‘no utilitarios’ que enaltecían la vida del hombre de acuerdo con su propia concepción de la vida y su peculiar escala de valores.

El largo proceso educativo que culminó en la Paideia -el conjunto de los ideales de la cultura convertidos en principios formativos, fue elaborando por y en función de una clase social opulenta ‘dedicada a ocupar el tiempo libre en actividades carentes de toda utilidad práctica e inmediata. La preocupación por equipar técnicamente a la juventud para incorporar un oficio o una profesión estaba totalmente ausente de sus ideales de vida.

La Paideia reflejó fielmente el medio social que le sirvió de soporte. A una cultura aristocrática respondió una educación con idénticos perfiles, encaminada a la formación del hombre libre para quien el trabajo productivo era factor de envejecimiento y de pérdida de libertad espiritual.

En consecuencia, la Paideía no contuvo ninguna disciplina técnica orientada al ejercicio de un oficio productivo. En el universo griego, la formación y la capacitación para el trabajo no trascendieron los límites de la estructura y organización familiar. .La matriz básica consistió en la relación personal entre el “maestro” y el “discípulo”, y el aprendizaje fue producto de esa comunión. Allí se adquiría el dominio de los métodos, la técnica y el arte de la elaboración de los objetos materiales, útiles para la vida en sociedad.

---

A diferencia de los griegos, los romanos modelaron una cultura basada sobre el respeto absoluto a las tradiciones ancestrales. Aun en el esplendor del Imperio donde florecieron conductas exóticas y se debilitaron los antiguos ideales, Cicerón pudo afirmar enfáticamente que la fortaleza de Roma se asentaba sobre las viejas costumbres más que sobre la fuerza de sus hijos.

Las costumbres de los mayores privilegiaron la vida frugal, la austeridad y el amor al trabajo, y sobre todo estos cimientos se modeló el alma del pueblo romano. Sin embargo, la expansión de las fronteras y el conocimiento de nuevos horizontes revelaron su grandiosa capacidad de adaptación a nuevas culturas. Fueron deslumbrados por la perfección y la belleza de la civilización griega y se asimilaron a su forma refinada de vida. Adoptaron y adaptaron la Paideia, a la que denominaron Humanitas, por cuanto resumía el ideal de humanidad, que debían reflejar los hombres libres del Imperio.

La educación romana se identificó con la Paideia griega, imitando sus técnicas, sus métodos y la total autonomía de su funcionamiento. El mundo del trabajo productivo no estuvo presente entre las preocupaciones de la actividad educativa. Sin embargo, el “instinto romano”, la tendencia a rematar todas las cosas en la vida real, no desapareció de su universo personal. La nueva cultura lo transformó en un aristócrata terrateniente, gerente de sus explotaciones agrícolas, conocedor de las técnicas de la “nueva economía rural”, que debió asimilar al margen de las instituciones educativas del Imperio.

Sobre las ruinas de la civilización grecorromana se levantó el mundo y la cultura del hombre medieval que, en el marco de un espíritu renovado, reprodujo las formas y conservó el estilo de las instituciones educativas de la antigüedad. El dato diferente consistió en la nueva savia que penetró las experiencias y las vivencias de los hombres de esa época: el cristianismo logró infundirle a sus vidas un profundo sentido religioso y trascendente.

En ese clima social y cultural, la actividad educativa se agrupó en torno de las catedrales, abadías y conventos y culminó el aprendizaje de las artes liberales con la enseñanza de la teología. Tanto el trívium -gramática, retórica, dialéctica- como el cuádrivium -aritmética, geometría, astronomía, música- adiestraban la mente para la comprensión y explicación de las verdades divinas.

La educación institucionalizada continuó siendo el privilegio de una clase que usufructuaba el poder político y económico. El trabajo, revalorizado por el cristianismo como coronación de la obra creadora de Dios, permaneció extraño a las preocupaciones del universo educativo.

La formación para la producción y el trabajo, su ámbito, su organización y sus métodos, no trascendieron las fronteras de su círculo específico. Crecieron en complejidad estructurándose en un sistema mas amplio llamado la Corporación. Ella monopolizó el saber y la técnica de los oficios; definió y supervisó el itinerario de formación y capacitación de los aprendices y de los oficiales hasta el logro de la maestría, título que otorgaba prestigio y poder económico en un mundo donde eran escasas las oportunidades de progreso y ascenso social.

Los cambios que se venían gestando en el interior del mundo medieval se afianzaron durante el Renacimiento y continuaron profundizandose en los siglos siguientes hasta el umbral de la era industrial. Las formas de vida, el gusto y la sensibilidad de los hombres siguieron el ritmo de la evolución de las ideas. La función de la fe, el honor, la belleza y todo lo que no tenía precio comenzó a ser negada u olvidada.

La expansión del comercio generó nuevas oportunidades de enriquecimiento y creció la masa de consumidores. El trabajo productivo acuso el impacto de los nuevos requerimientos y trasladó su preocupación fundamental centrada en la calidad y elegancia de los objetos hacia la cantidad y la utilidad.

Estos acontecimientos, de notable magnitud, no produjeron intercambios significativos entre educación y trabajo. La profundización en el conocimiento de la civilización antigua y la revalorización de las lenguas clásicas -factor privilegiado para la formación del hombre- acentuaron las fronteras que dividían la actividad educativa del trabajo productivo, la cultura intelectual del aprendizaje manual.

## De la revolución industrial a las fronteras del siglo XX

Con el nacimiento de la ciencia moderna, la humanidad comenzó a incorporar asombrosos conocimientos sobre el mundo físico, el espacio, el tiempo y el movimiento. Los cambios en el estado de la materia multiplicaron su poder energético e iniciaron la revolución industrial, que aceleró el curso de la historia.

---

La introducción de la máquina en el siglo XVIII aportó nuevos procesos productivos que exigieron una creciente división del trabajo y, consecuentemente, una adecuada capacitación de los operarios. Los contenidos intelectuales comen- zaron a incorporarse en las calificaciones y los empleos del mundo laboral. De esta manera creció la necesidad de una generali- zación de los conocimientos para enfrentar los desafíos de la incipiente industrialización.

Si bien la sociedad se transformaba a un ritmo descono- cido hasta entonces, la educación no se sensibilizó ante el re- querimiento de las nuevas realidades. Los sistemas educativos se estructuraron rígidamente sobre la base de los contenidos “humanístico-literarios”, cuya finalidad apuntaba a la asimila- ción de la cultura por la cultura misma, al margen de un saber susceptible de aplicación.

La educación “humanística”, divorciada de la ciencia, se convirtió en un signo de privilegio social y se identificó a la cultura científico-técnica con un saber práctico, negándosele acceso al universo de la “educación liberal”.

La profesionalización del rol docente hacia fines del si- glo XVIII acentuó la división entre educación y trabajo produc- tivo. Las artes manuales y su ejercicio fueron considerados incompatibles con el desempeño de la docencia, “no sólo -se- ñala R. J. Ruffet- porque perturba la jornada de trabajo, sino porque implica una manera de ser, un estilo de vida, una repre- sentación del mundo, de las cosas y de las personas, contraria al modelo de austeridad, de neutralidad y de severidad” de la nueva moral industrial.

El acelerado proceso de industrialización que se desarrolló en los principales estados europeos del siglo XIX exigió nexos crecientes entre las estructuras formativas y el mundo del tra- bajo. Las actividades productivas requirieron, en primer lugar personal de conducción con una adecuada especialización y, más adelante, operarios calificados para desempeñarse en los niveles intermedios.

La complejidad y diversidad de las demandas encontraron finalmente respuesta en el sistema educativo que diseñó los institutos politécnicos como ramas separadas de los estudios universitarios, y las escuelas técnicas superiores, orientadas a formar ingenieros subalternos y capataces. La formación pro- fesional que habilitaba para el desempeño de los oficios fue

tarea excluyente de las empresas hasta la segunda mitad del siglo XIX. La necesidad de incorporarle una mayor cuota de conocimiento y una preparación cultural más amplia decidieron la apertura del sistema formativo para los egresados de la enseñanza primaria. Surgió, de esta manera, la educación técnica, como una modalidad de la formación secundaria destinada a ofrecer respuestas puntuales a los requerimientos crecientes de la sociedad industrial.

La institucionalización de la educación técnica, como una prolongación de la educación elemental, abrió un ancho campo para el establecimiento de relaciones más estrechas entre la formación y la producción. Contribuyó en gran medida a derribar el mito de la naturaleza conflictual de la interacción entre lo económico y lo educativo, el trabajo y la escuela.

Sin embargo, el factor clase social, reflejado en las conductas y en las expectativas de los grupos dominantes, continuó influyendo en la naturaleza de los medios educativos hasta el siglo actual. En su escala de valores se privilegió la educación "humanístico-literaria" y se otorgó una escasa significación sociocultural al saber práctico y a la cultura técnica.

Socialismo y capitalismo: desafío común

La continuidad de las relaciones entre educación y trabajo productivo comenzó a conocer nuevas formas y más intensos intercambios en este siglo, especialmente a partir del advenimiento del Estado Socialista en la Unión Soviética.

Coherente con el proyecto político que asumió al trabajo como valor supremo de la sociedad, la revolución bolchevique transformó totalmente el rostro del quehacer educativo e inició una experiencia de profunda integración entre educación y producción.

En la búsqueda del perfil adecuado, se orientó la actividad educativa hacia la "enseñanza politécnica" impartida en escuelas de fábrica y escuelas de oficina. Ella cristalizaría el principio de la unidad indisoluble entre estudio y trabajo, cultura intelectual y formación profesional.

Los programas educativos de la primera etapa de la revolución fijaron orientaciones precisas para el sistema: incluyeron conocimientos de cultura general, enseñanza de las ciencias y preparación profesional teórico-práctica, y desecharon la simplicidad del trabajo manual escolar y las ineficaces conversaciones sobre el trabajo, la técnica y la producción. La

fábrica y la oficina penetraron en la escuela y se borraron los límites tradicionales del sistema educativo.

Sin embargo, la experiencia fue puesta en tela de juicio en la década del treinta y las críticas arremetieron contra la subordinación de los fines educativos a las exigencias de la producción y contra la tendencia que intentaba crear una pedagogía sin alumno. El objetivo de conciliar estabilidad y dinamismo, preparación general y especialización, madurez cultural y eficiencia en la vida laboral entró en crisis y la escuela comenzó el retorno a sus cauces originales.

En la segunda etapa, las decisiones políticas subrayaron con mayor fuerza el momento cultural, la necesidad de una asimilación sistemática de los fundamentos de las ciencias y rechazaron la pretensión de absorber la escuela en la fábrica.

La historia reciente documenta la tensión permanente en el mundo socialista entre educación y trabajo. En la actualidad, las corrientes pedagógicas dominantes tienden a sacrificar porciones cada vez mayores del término tan entrañable a la doctrina marxista -el trabajo- en beneficio de los procesos de innovación que conmueven a las sociedades modernas y, que se caracterizan por la incesante incorporación de nuevos conocimientos en el universo de las profesiones laborales.\*

En los países capitalistas, el siglo XX fue testigo también de la paulatina desaparición de las barreras que mantenían incomunicados a los procesos formativos con los sistemas productivos. El mundo del trabajo dejó de ser el ámbito de la "contraeducación" para convertirse en un universo digno de ser explorado, analizado y aprovechado, no sólo en su dimensión educativa, sino también en sus posibilidades socialmente útiles.

Este proceso se realizó en un contexto de creciente desarrollo económico y social y fue impulsado por el prodigioso avance de la ciencia y la tecnología que se extendió hasta alcanzar dimensiones planetarias.

El progreso científico y tecnológico se convirtió en el motor de la nueva sociedad. La producción incesante de conocimientos consagró la evidencia que en el futuro "el sentido de la sociedad, su espíritu, las zonas de conflicto, de progreso y de dedicación radicarán en empresas de carácter intelectual", de acuerdo con la aguda observación de Daniel Bell.

El caso soviético tipifica, con las diferencias propias de las diversas culturas, todos los sistemas escolares establecidos en los países con gobierno socialista de partido único.

Con estos presupuestos, a partir de la segunda posguerra, crece en las naciones la conciencia sobre la necesidad de armonizar el impacto que produce en su seno la revolución científico-tecnológica con la creciente aspiración de los pueblos por un mayor desarrollo económico-social. Tradujeron las tendencias en sus sistemas escolares y asumieron ciencia, tecnología y desarrollo como realidades interdependientes que se alimentan mutuamente en un proceso de continua evolución y transformación

Las naciones más avanzadas formularon políticas de planificación de sus recursos humanos destinadas a satisfacer las necesidades de mano de obra calificada, exigida por los procesos de acelerada industrialización y urbanización. Una importante cantidad de la matrícula escolar se orientó hacia el mundo del trabajo productivo en la industria, el comercio y los servicios, y se estableció una estrecha relación entre la formación y la producción.

: Gran parte de estos países introdujeron, en el marco de la enseñanza general de 9 ó 10 años de duración, el trabajo productivo no sólo como objeto de investigación y aprendizaje, considerándolo un valor básico de la cultura contemporánea, sino también como exponente de una actividad plena de virtudes formativas.

El gran desafío: integración y síntesis fecunda

La necesidad y la urgencia de vincular educación y trabajo se ha convertido en un dato insoslayable de la realidad. Los presupuestos culturales apoyados por intereses políticos y económicos de los grupos dominantes se han derrumbado, y los países, tanto del mundo capitalista como del bloque socialista, buscan afanosamente el futuro perfil de las relaciones entre la escuela y la fábrica, la educación y la producción.

Educación y trabajo constituyen mundos diferentes, funcionan con lógicas distintas y operan como sistemas en permanente transformación, cuya actividad, asumida aisladamente en su propio micromundo, cubre tan sólo aspectos parciales y limitados del proceso que conduce al desarrollo integral de la persona. Sin embargo, cuando ambos universos se relacionan e interactúan adecuadamente, compensan sus deficiencias y se enriquecen mutuamente.

Esta interacción' adecuada se ha convertido en preocupación mayor de los políticos, los planificadores, los pedagogos

y los actores sociales involucrados. Las experiencias son permanentes y no hay nada definitivo en el escenario internacional.

La tendencia, madurada en la práctica y en la reflexión, se orienta hacia la necesidad de alternar educación y trabajo productivo como la forma privilegiada de producir el saber, cuyo contenido, sustancia y dinamismo surge en el acto de relacionar, comparar y entrelazar la predominante lógica abstracta de la educación con la absorbente lógica concreta de la producción. De acuerdo con la síntesis formulada por Bertrand Schwartz: “percibir las diferencias y las complementariedades, articularlas, pasar de una a otra y explicarlas en su mutua interacción” conforma uno de los desafíos más inquietantes que la educación deberá enfrentar en el próximo futuro.

En nuestro país: tradición, organización nacional y desarrollo

Cuando la Argentina hacía su irrupción en el mundo de las naciones independientes, y paralelamente a las primeras décadas de sus embriones institucionales -con largas y duras luchas intestinas de por medio, y logros parciales-, las metrópolis europeas vivían el deslumbramiento y el desafío de un tiempo que se anunciaba como nuevo. Venía cargado de valores, contenidos y medios productivos y técnicos crecientemente diferenciados respecto de los vigentes en la historia que se dejaba atrás. Se despuntaban así perspectivas y bonanzas que nunca antes fueron ni siquiera imaginadas.

El proceso de industrialización iba tomando cuerpo, particularmente en los países anglosajones, y comenzaban a perfilarse, cada vez con más nitidez, los rasgos de una nueva sociedad y de una nueva cultura. La progresiva mecanización de las actividades laborales y la creciente adopción de la técnica protagonizaban la aceleración y el fenómeno multiplicador en el universo productivo. Implicaban, asimismo, la configuración de una etapa histórica distinta, tanto como para que la previsión o la fantasía permitieran advertir que realidades inéditas en el plano económico, e inéditas relaciones y reglas de juego a nivel social y político, modificarían el panorama interno de los países -de esos países que se industrializaban- y consiguientemente el cuadro de conflictos y poder en el marco internacional: Lo que terminó siendo “revolución industrial” contuvo el germen, las motivaciones y los logros necesarios para plasmar transformaciones profundas en la sociedad.

Los ámbitos de la economía ganaron un dinamismo desconocido hasta entonces. Progresivamente se fue creciendo en la producción masiva y, en consecuencia, se abrió el camino para el mayor consumo. Pero no se agotó en esto el cambio. La escala de valores tradicional debió ceder frente a modelos culturales basados en nuevos ideales y en distintas trabazones de vínculos, necesidades y respuestas sociales y humanas. Sin prisa y sin traumas, despaciosamente se fueron abandonando Conductas y aspiraciones inveteradas, y reemplazándolas por nuevas, a la luz de las realidades y los horizontes que se iban perfeccionando en el umbral de la industrialización. De allí en más adquirieron volumen y consideración los valores y virtudes que se asumieron como significativos y caracterizantes: el trabajo, la disciplina, la austeridad, la competencia y el espíritu de organización. Eran los ideales de la modernidad. La sociedad industrial definía así su rostro y el sentido de sus itinerarios.

Mientras tanto, la naciente Argentina afirmaba su independencia política y trataba de abrirse paso entre ideologías e intereses en pugna: unitarios y federales, la ciudad y el campo, los modelos de afuera y lo autóctono. . . Después, la Constitución formalizó el pacto de la unidad y los esfuerzos se encaminaron a consolidar la organización institucional del país.

En esos tránsitos del siglo XIX, la Nación nueva vivió la tensión permanente entre el espíritu heredado -la tradición- y la actitud abierta hacia imperativos y perspectivas distintos, los que surgían y se imponían en los países protagonistas del avance técnico, económico y político. La Argentina se vio tironeada por los ancestros y sus expresiones culturales, y por los desafíos de nuevos sistemas de producción y generación de riqueza y poder, que implicaban además, ideales y metas diferentes. Del predominio de uno u otro término de la antinomia advendrían la escala de valores asumida y el rumbo del país. En ese contexto, consecuentemente, pueden comprenderse la naturaleza y la dinámica del diálogo entre educación y trabajo.

De la tradición hispana al bachillerato clásico

Las naciones 'de la península ibérica, y particularmente España -metrópoli de múltiples colonias americanas-, no transitaban los nuevos caminos, ni se deslumbraron por los abalorios y las realidades que conmovían a otras comunidades de Europa. Tozudamente se aferraron a sus raíces y a su autenticidad, 'al definido y decantado proyecto imperial heroico. Su

realización insumió todas las energías nacionales, 'sin 'dejar espacios atractivos para otros ideales y otros protagonismos: la fuerza del modelo que proponía la Corona penetró profundamente los campos de la política y la economía, el derecho, la ciencia y la educación. Se consagraron así formas de vida y prototipos culturales basados en la tradicional figura del caballero -hidalgo y militar- y del religioso, que relegaron y desvalorizaron los modelos relacionados con la estructura económica que se expandía en otras regiones del continente, a cuya génesis y consolidación contribuía el trabajo productivo impulsado por la industria, la banca y el comercio.

Es que España y el resto de Europa Occidental emprendieron diferentes vías históricas, como señaló Américo Castro. Se trataba de idiosincrasias y destinos dicotómicos. Por Un lado, una sociedad que prolongaba sus valores dominantes en actitudes y mecanismos carentes de energía creativa y en formas educativo-culturales predominantemente verbales, y se negaba a reconocer y asumir los desafíos del porvenir. En el otro extremo, un mundo abierto e inquieto que buscaba afanosamente adaptarse al signo de los tiempos y emprendía el camino del desarrollo industrial y mercantil, en el que ciencia, técnica y trabajo ganaban significado fundamental. Eran plataforma e instrumento de la sociedad en construcción.

Nuestro país optó por la herencia y reflejó la Cultura, los ideales y el sentido de la vida de la España imperial. No imaginó alternativas ni matices diferenciadores que permitieran superar paulatinamente el horizonte de un proyecto económico, político y cultural que ya por entonces mostraba las señales de su agotamiento. No fue suficiente, tampoco, el aporte de ideología y literatura política que de Francia y otros países importaron relevantes personalidades del país en la primera mitad del siglo pasado. Tuvieron más peso la tradición y las viejas formulas, y todo funcionó para reforzar las estructuras del statu quo.

-La educación, al fijar sus metas y definir los parámetros del sistema, asumió los perfiles de la cultura vigente, que se expresó con preferencia a través de sus contenidos humanístico-literarios. Añadió a la herencia hispana, particularmente en el período de la Organización Nacional, los mensajes ideológicos y las actitudes modernizantes que provenían de la cultura francesa. Se privilegiaban en ella "el saber por el saber mismo, al margen de su utilidad práctica y la producción de los conocimientos orientados a la acción.

La clase dominante priorizaba la necesidad de formar una élite destinada a ejercer las funciones de gobierno, en una sociedad predominantemente jerárquica. “Si. . . no echásemos anualmente a la circulación en cada provincia una cantidad de hombres completamente educados para la vida pública, el nivel intelectual descendería rápidamente, y no tendríamos ciudadanos aptos para gobernar, legislar, juzgar, ni enseñar”, afirmaba Bartolomé Mitre en el Senado de la Nación, en 1870.

Sin embargo, el proyecto político-educativo de los dirigentes de esa etapa no se agotó en la visión y en la propuesta elitista -encerrada en el estrecho mundo de los privilegios de clase- sino que se abrió hacia la comunidad a través de un ambicioso plan alfabetizador orientado a brindar educación elemental a toda la población. Era necesario, de acuerdo con la máxima del momento, educar al soberano, no obstante las adversas condiciones económicas y sociales, más graves a medida que se avanzara hacia el interior del país. La meta ideal se formalizó en la obligatoriedad que impuso la ley.

El sistema educativo había definido sus perfiles: neto predominio de la cultura intelectual, básicamente literaria, y distancia respecto de la preocupación vocacional y laboral. El desconocimiento del mundo del trabajo o la necesidad de deslinde conceptual llegó a tal punto que las instrucciones de la época recordaban a los maestros la función educativa de las artes manuales incluidas en la actividad escolar y que, por lo tanto, no se orientaban a preparar a los chicos en determinados oficios sino que se dirigían fundamentalmente a entrenar los ojos y las manos.

El bachillerato de Costa, en la Presidencia de Mitre, reiteraba ese espíritu y lo expresaba identificado con los valores y las tradiciones de la cultura clásica. Se le asignó la función de introducir al ámbito sagrado de las profesiones liberales que simbolizaban y aseguraban el éxito personal, por cuanto otorgaban el mayor prestigio en la jerarquía social y daban respuesta a los requerimientos económicos, políticos, académicos y culturales de los grupos que dirigían y decidían los destinos de la Nación. Al bachillerato sólo accedían las minorías que podían aspirar y sostener los estudios superiores, como que su finalidad principal era preparar para la universidad. Los saberes prácticos tenían rango inferior y eran ajenos a las preocupaciones de la educación liberal.

En la Argentina agrícola-ganadera, las aspiraciones de las capas sociales más altas se orientaban hacia el saber desinte-

resado. Asumían las actividades productivas con desmedro y le asignaban escaso valor social. Prolongaban y afirmaban de esta manera los ideales de la tradición y la cultura heredada, que manifestaban una escasa estimación por las nuevas formas laborales y productivas y por sus virtualidades más sobresalientes.

Innovaciones y contradicciones en la educación y la economía

De todos modos, hacia fines del siglo XIX, el país vivió tensiones profundas y una prolongada crisis económica y política en cuyo seno fueron desarrollándose los embriones de proyectos innovadores destinados a responder a requerimientos no contemplados por el sistema convencional. En la última década se asistió a una incipiente sensibilización favorable a nuevas demandas y al concreto aporte de cierto sector dirigente que avizoraba el porvenir por encima de su circunstancia y de sus condicionamientos. En el área de la educación se rompía, a través de estas iniciativas, el protagonismo hegemónico y excluyente del bachillerato clásico.-

Se insertaron así el trabajo y la aptitud laboral como finalidad de los estudios cursados en el sistema formal de la educación. El bachillerato tradicional cedió espacio a los bachilleratos comerciales, que se fueron exteniendo paulatinamente por todo el país, y en 1898 entró en escena la Escuela Industrial de Ba Nación, que significó el primer intento, orgánico y funcional, orientado a conciliar la oferta educativa con necesidades del aparato económico. Se apuntaba por estas vías, al filo del siglo, a la integración de la actividad formativa con el mundo del trabajo productivo. Debe señalarse, de paso, que también en el nivel-medio funcionaban las Escuelas Normales creadas a partir de 1870:, que formaban y capacitaban para el trabajo docente.

La tendencia a imprimir orientaciones prácticas al conjunto de la educación y la consecuente necesidad de insertar sus "productos" en el mercado laboral inició un itinerario caracterizado por contradicciones, marchas y contramarchas, logros precarios y frustraciones, tímidos alicientes y, sin embargo, voluntad vigorosa de llevar adelante las nuevas ofertas educativas por parte de una muy definida dirigencia, lucida y pionera. La misma que en relación a un proyecto de país distinto pergeñó el genio de Carlos Pellegrini y de otros personajes relevantes de entonces que soñaron con la Argentina industrial y moderna.

En el umbral del nuevo siglo e impulsado por la expandida efervescencia económica y la creciente prosperidad material, el ministro Osvaldo Magnasco intentó adaptar el sistema educativo a lo que serían nuevas demandas. Promovió la transformación de los colegios nacionales de provincias en institutos de artes y oficios, minería, agricultura, industria y comercio, y elevó los proyectos al Congreso Nacional. No tuvo éxito. Se impusieron los criterios de las clases dominantes, su pensamiento político y su modelo cultural. Hasta funcionó para el rechazo de las propuestas de Magnasco el eco de las disputas ideológicas de la década del 80 : Alejandro Carbó denunció el “peligro” que significaría reducir el esfuerzo estatal en la formación de las élites, si el Estado debía ocuparse de nuevas ofertas educativas y abandonar esa función en beneficio de las congregaciones religiosas. Con lo que, una vez más, las ideologías (los ideologismos) , pretendidamente modernizantes, funcionaron como apoyo del statu quo imperante y a contrapelo de las posibles y deseables transformaciones económicas y sociales.

En la misma línea de pensamiento, que apuntaba a imprimir sentido práctico a la educación y orientar vocacionalmente a los educandos, se ubica la reforma diseñada por Saavedra Lamas en 1916, dejada sin efecto en 1917.

Con realismo planteó los obstáculos que se interponían a las propuestas de transformación del sistema, y fundado en su experiencia de gobierno señaló la incoherencia que significaba encarar reformas educativas al margen de los procesos sociales y económicos. Confesó Saavedra Lamas: “Quizá. haya pecado por exceso de. previsión al fundar Escuelas de Minas que no han hecho de la explotación minera una fuente de producción. . .; dos facultades de Química sin fábricas de productos químicos y sin industrias donde ocupar la actividad de los egresados. . . La orientación industrial y fabril apenas debía bosquejarse hoy para que la evolución de las necesidades les diese en el futuro las bases de sustentación de que carecen. . . “. Con lo que ya entonces se verificaba el inveterado error de políticos y gobernantes de querer colocar el carro delante de los caballos.

Se definen así las dos caras del desfase y la incoherencia que operaron como freno o desacelerador del diálogo y la integración entre educación y trabajo productivo. Por un lado: los valores y el proyecto de país de las dirigencias dominantes no se compadecieron con las propuestas innovadoras, de capacitación técnica y de adiestramiento laboral contenidas en inicia-

tivas de legisladores y funcionarios que actuaron como osados pioneros, "adelantados" de la historia, y que, en consecuencia, obtenían la reticencia, o el rechazo a priori, de los que en definitiva decidían: y por el otro: cuando se concretaban creaciones fuera de la rutina y lo convencional, y se debían encauzar aptitudes en el mercado de trabajo, recién se advertían la ausencia de demanda, o su precariedad. La escuela se había apresurado en exceso con ciertas capacitaciones o el aparato productivo había quedado muy retrasado frente a la oferta de "productos" escolares "demasiados nuevos".~ En realidad, fuera del sistema de la educación la estructura económica se mantenía estancada, al margen de la evolución técnica y las nuevas formas de producción.

Esta contradicción ha tenido presencia constante en la vida argentina del siglo XX -en algunos períodos muy dramáticamente- y ha expresado los caminos paralelos de la educación y la actividad laboral-productiva, sin puentes de comunicación e intercambio.

#### De la escuela de artes y oficios al CONET

A pesar de esta realidad y de su persistencia, despaciosamente se fue avanzando hacia lo que por previsión o por intuición se entendió que eran los nuevos intereses y las nuevas expectativas, aunque sin la necesaria y deseable integración de planes -concretos y explícitos-, ni la continuidad que podría haber correspondido a políticas de mediano y largo plazo.

Las escuelas de artes y oficios fueron apareciendo en distintos lugares del país, y en el momento en que se apuntó a jerarquizarlas se las organizó dentro de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional (1944), mientras por otro carril funcionaban las escuelas de la Dirección Nacional de Educación. Técnica, que fueron incrementadas, aunque en número limitado. Durante el gobierno del Gral. Perón se produjo, además, una apertura promisoría en el nivel superior del sistema: el trabajo, y lo que se dio en llamar la cultura del trabajo, adquirieron status universitario e ingresaron, en el nivel académico con la creación de la Universidad Obrera. Fueron años en que la palabra trabajo invadió la sociedad.

En coherencia y, consecuentemente, en el ámbito educativo germinó una faceta de la responsabilidad social -del Estado y de la comunidad- cuyos desarrollos y proyecciones

todavía esperan nuevos estadios de maduración y de realizaciones.

Adviértase, sin embargo, que esos servicios de capacitación no conquistaron una generalizada consideración social. Fueron asumidos por las dirigencias dominantes y por amplios sectores de la sociedad como de segunda clase, o más abajo aún, y en conjunto no operaron relacionados a una demanda puntual, específica y dinámica del proceso laboral y productivo. Simplemente porque no se desplegaron políticas, racionales y sostenidas, de crecimiento real y de transformación profunda del sistema económico.

Para el mantenimiento de la economía tradicional y las módicas demandas de la incipiente industria liviana no fueron necesarios esfuerzos especiales de las instituciones educativas, ni la renovación de la oferta, ni profundas reformas curriculares, ni sistemáticas acciones de actualización técnica y cultural de los docentes. La actividad económica -limitada, lenta, conservadora- se correspondía con acciones educativas rutinarias, repetitivas y a desgano. Una y otras expresaban el subdesarrollo y la Argentina preindustrial, seguramente las postrimerías de una etapa importante, densa y conflictiva.

El proyecto de la generación liberal del 80 se había desplegado al máximo y mostraba sus realizaciones más significativas -incluidas décadas de prosperidad a comienzos de siglo-. En torno a los años 30, y para adelante, se dieron la crisis y el agotamiento del sistema. Los logros quedaban atrás y aparecían dramáticamente sobre el escenario las limitaciones del aparato productivo, la marginación social y la frustración política.

El tránsito hacia transformaciones de estructuras y las concretas respuestas a los nuevos desafíos demoraron más de la cuenta, El desarrollo nacional no fue meta asumida por entonces, ni el horizonte de la industrialización profunda, vasta, completa- concitó el aporte de imaginación y de capacidad política de la comunidad y de su clase dirigente. . . .

Recién en la década del 60 se dio el turno de ese imperativo histórico. En su transcurso se plasmaron los primeros logros del desarrollo, así como se vivieron también las frustraciones que se prolongan hasta la actualidad.

Para dar los pasos iniciales y avanzar debieron superarse estereotipos ideológicos y fórmulas convencionales de la política tradicional. Sectores importantes de la dirigencia no com-

prendieron ni compartieron el sentido transformador de las propuestas, mientras grupos minoritarios cuyos intereses se preservaban con el estancamiento y al amparo de las viejas estructuras pusieron en funcionamiento su capacidad para trabar y entorpecer la marcha.

No obstante, fueron alcanzadas metas de importancia. Pudo vislumbrarse con nitidez el horizonte del desarrollo.-se avanzó en regiones claves de un moderno mapa económico y se demostró que la industrialización, la sociedad próspera y el bienestar eran posibles en estas geografías, compatibilizadas con la vida democrática y el respeto pleno a la dignidad humana.

En el área educativa se crearon condiciones favorables para la modernización, el avance en las conquistas docentes, el progreso de la ciencia y la tecnología -particularmente en el nivel medio y superior del sistema- y el creciente protagonismo, de la sociedad. Fueron promovidas iniciativas diversas que apuntaban a incorporar en la vida escolar y universitaria los nuevos aportes de la psico-pedagogía y la técnica. Maestros y profesores lograron la aprobación y aplicación del Estatuto del Docente. La universidad estatal -autónoma, con libertad académica y con recursos económicos suficientes- desplegó una acción intensa de alta docencia y calificadas investigaciones -de investigación pura e investigación aplicada-. La iniciativa social y privada pudo contribuir desde entonces con su aporte de servicios universitarios, en muchos casos particularmente sensibles y puntuales para ofrecer nuevas carreras y nuevos estudios requeridos por el desarrollo económico y los consiguientes cambios en la estructura laboral y en la dinámica de la sociedad.

Pero fue con la creación del CONET (Consejo Nacional de Educación Técnica) que se expresó más nítidamente la estrecha y funcional vinculación de educación y trabajo en la política de desarrollo. Se fusionaron en el nuevo organismo los anteriores servicios de orientación y formación profesional, por una parte, y los de nivel medio, por la otra, y por primera vez en la historia del país se le asignaron responsabilidades en la conducción educativa a los representantes del empresario y de la organización de trabajadores. Se aspiraba a que por estas vías institucionales se articularan objetivos, intereses y expectativas de unos y otros.

La educación técnica fue considerada rotundamente prioritaria, al igual que la investigación aplicada. Podían realizarse en los institutos de nivel medio, en las universidades y en el

ámbito privado, particularmente el de las empresas y los sindicatos.

El desarrollo industrial reclamaba la contribución insoslayable de recursos humanos idóneos y para ese fin debían capacitarse en la órbita del CONET (y en la de servicios de jurisdicción provincial y comunal, menos numerosos por cierto) y también en las universidades de todo el país. La Universidad del Petróleo, en Comodoro Rivadavia, la Universidad Argentina de la Empresa y el Instituto Tecnológico de Buenos Aires, en el área Privada, y la transformada Universidad Obrera en Universidad Tecnológica -diseminadas sus Facultades por la amplia geografía del interior-, en el área estatal -a modo de ejemplos-, son claros testimonios de las innovaciones y las Propuestas distintas requeridas por la actividad económica y las transformaciones del desarrollo.

Fueron Arturo Frondizi en la Presidencia de la Nación y Luis R. Mac Kay en el Ministerio de Educación los responsables de esa política. Con ella culmina una etapa importante en la vida del país, y particularmente en el campo educativo. Contuvo la madura comprensión de cuáles eran los grandes temas del nuevo tiempo histórico, la índole de sus desafíos, su viabilidad y el volumen de las dificultades para alcanzarlos.

Quedaron en el haber ideas originales, instituciones y organismos con improntas bien diferenciadas y senderos abiertos para tránsitos que deben reemprenderse. En el debe, quedan la inercia de las estructuras del atraso y de los intereses creados, resistentes al cambio y al progreso tecnológico y cultural, y también las realizaciones truncas y la frustración. Desde entonces, estos dilemas han estado presentes en la vida política argentina y en el área de la educación, con ropajes diversos y diversos protagonistas. Nos acompañan todavía y nos incitan a- definirnos y a actuar.

### Actualidad y perspectivas

En las tres últimas décadas de vida argentina no se sucedieron procesos y acontecimientos que favorecieran la dinamización de las potencialidades materiales y culturales del país, que le permitieran emerger del atraso y la pobreza y que operaran para vigorizar la voluntad y la fe de la gente. No fueron décadas fecundas en ideas y en realizaciones. Fueron tiempos de desencuentros, de constantes crisis institucionales, de enfrentamientos duros y de violencia, de parálisis económica y pro-

---

fundización del subdesarrollo, de mayor marginación social y de extenso apagón cultural. Sólo se dieron respiro ciertas expresiones valiosas de la sociedad en los cortos interregnos de normalidad constitucional, pero sin que significaran tiempo suficiente, ni impulso determinante para actuar como factores o motivadores de transformaciones de fondo. Se mantuvieron los hábitos, las fórmulas y las estructuras que venían de arrastre y la conformidad con el statu que, tanto a nivel de la actividad económica, como en los diversos rubros de la actividad social.

El estancamiento profundizó la decadencia y se fue consolidando un cuadro de valores donde el trabajo productivo perdió consideración y estima en el cuerpo social. Las escalas de remuneraciones -que revelan, junto a otros factores, el valor que la sociedad le atribuye al trabajo productivo-, consolidaron su tendencia al deterioro y a la pérdida constante de su poder adquisitivo. En consecuencia -y esto compromete básicamente la relación entre educación y mundo laboral-, se le negó al trabajo, y se le continúa negando, capacidad y aptitud para generar niveles de vida acordes con la dignidad que le cabe a cada hombre, a su grupo familiar y a su comunidad.

El sistema educativo fue el espejo que reflejó rigurosamente al país marchito, resignado a insistir en la rutina y con el pálido horizonte de un destino burocrático, sin altos ideales ni vocación de grandeza. Ese país del subdesarrollo y la decadencia tuvo su correlato en la educación. Con el agravante de -que durante los períodos autocráticos se -acentuaron las adversidades, que calaron muy hondo en la escuela y en la universidad; y en el contexto que las involucra.

**Como** no se perfilaron ni se implementaron políticas nacionales de vuelo, transformadoras y creativas, abiertas al mediano y largo plazo, ni hubo aptitud en las dirigencias para encarar modificaciones estructurales, el sistema educativo se limitó a conservarse administrativamente y a dejar las cosas como estaban en los diseños curriculares y en los destenidos ámbitos de la actividad pedagógica y académica. Del mismo modo se resignó a recibir con estoicismo (o con indiferencia?) y sin capacidad de respuesta los embates de una docencia que reclamó infructuosamente gratificaciones decorosas y más respeto a la dignidad profesional. Tampoco pudo brindar más y mejores servicios a la demanda creciente y a la madura conciencia política de una sociedad que esgrimía la consigna de la "educación para todos" como reivindicación justa y definitiva. Se sucedieron gobiernos y gestiones en el área educativa

de muy módica significación, de imaginación escasa y de pobres resultados.

Tampoco se progresó en la vindicación del trabajo como valor educativo, ni en los nexos posibles y necesarios del sistema con la dinámica de la producción. Sin embargo, debe señalarse y destacarse la iniciativa del "sistema dual" en la órbita del CONET (gestión Burundarena) que implicaba la alternancia entre escuela y empresa, inspirada en la experiencia de Alemania Federal. Tuvo buen comienzo, pero se fue retrayendo a medida que se deterioraba la situación económica y aumentaban las limitaciones y el desgano de la industria. No obstante, sobrevive el proyecto y ahí está a la espera de vientos favorables para avanzar y crecer.

La enseñanza primaria larga -7 años de escolaridad obligatoria- no incorporó actividades manuales y experiencias técnicas elementales que posibilitaron vínculos efectivos con la realidad familiar y social, ni tampoco lo hizo la enseñanza media -particularmente en el ciclo básico-, tan requerida como está de enriquecimiento y actualización del currículo, para que los educandos puedan acceder a experiencias y perspectivas múltiples, detectarse aptitudes y capacidades y optar por caminos con salida laboral. El sistema continúa ajeno al objeto, insoslayable y perentorio, de aportar clima y mecanismos de orientación vocacional y profesional.

Los servicios universitarios siguieron en su encierro y no tiraron cables hacia la actividad agropecuaria e industrial, y al área de los servicios. No fueron posibles, en consecuencia, la coordinación y la correspondencia de las propuestas, de las demandas y los trabajos que se desarrollaban en ambos mundos. Existieron casos aislados de planes que proponían combinar objetivos y tareas, y también la plausible concientización de ciertos grupos dirigentes favorables al propósito de profundizar y ampliar vínculos. Pero no se trató de una política general, firme y sostenida, que comprometiera a todo el subsistema universitario.

Es más: predominó -y predomina aún-, a nivel de conductores de la educación, especialistas, POLÍTCOS y fUnCIOnarios, el criterio proclive a mantener en su ámbito propio al sistema educativo, no "contaminado" y a no "servir", a necesidades e intereses de afuera. Persistieron -y persisten- el fastidio de tres décadas atrás cuando se invocaba el rol de la educación como capacitadora de "recursos humanos," para el desarrollo -no asumido, entonces, por otra parte, como único rol, ni

---

excluyente- y a la actitud de rechazo frente a la alternativa de compartir responsabilidades y asociarse con agentes y representantes del mundo del trabajo, la producción y las diversas actividades sociales. Sobrevive la vocación por el comportamiento estanco.

De aquí en más: valores e instituciones nuevos

Debemos partir ahora de la hipótesis que existe latente en la sociedad argentina la voluntad general de cambio y la convicción de que debe operárselo perentoriamente. De lo contrario, la crisis y la decadencia seguirán ahondándose hasta límites gravísimos.

Vale, entonces, el aporte de ideas y orientaciones que ayuden a comprender la naturaleza de los problemas y la índole de los compromisos a asumir. No se trata de circunstancias ni de desafíos comunes -semejantes a muchos otros-, ni de fácil encauzamiento. Lo que está en juego es el destino nacional, nada más y nada menos. Desde nuestra responsabilidad profesional y política, la contribución tiene que ver con la cuestión educativa, de cuya reflexión surgen las líneas programáticas que siguen. Sólo intentan servir a mejores análisis y a debates fecundos.

- El marco de una política nacional, integrada y orgánica, es condición necesaria para definir objetivos y contenidos de las diversas políticas sectoriales. El proyecto educativo ha de insertarse y ser coherente con el proyecto nacional. En este sentido, la Argentina tiene en su panorama de futuro imágenes y expectativas que se supone comparte la mayoría de su pueblo: desarrollo nacional pleno, vigorosa economía industrial y grandes obras de infraestructura, prosperidad y bienestar para todos los sectores sociales, afirmación del sistema político democrático, pluralismo de las ideas y en el ámbito cultural, autodeterminación y cooperación entre naciones independientes frente al mundo de la coexistencia pacífica y de los fabulosos desafíos de la ciencia y la tecnología, de la inteligencia y la creatividad humanas.

2. - Dentro de este cauce ancho y de esas pautas globalizadoras, la educación debe producir transformaciones estructurales. El sistema y los servicios formales y no formales han de incorporar a sus ofertas contenidos y motivaciones de la actualidad, y para ello deben crear mecanismos institucionalizados de -relación e intercambio permanente con la realidad

económica, social y cultural. Todas las estructuras escolares y universitarias deben integrarse en el macrosistema de la educación social y permanente.

3. - Contemporáneamente, deberán ponerse al día las instituciones educativas, los docentes, los investigadores y los servicios de apoyo, en lo que corresponde a nivel curricular, pedagógico y académico, lo mismo que en el plano metodológico, didáctico y tecnológico. Los cambios no deben quedar en la epidermis del sistema, ni desde la acción técnico-profesional debe eludirse el aporte que requiere el despliegue de las nuevas estructuras.

4. - El trabajo ha de ser asumido como un valor que debe integrarse con los otros valores que constituyen el elenco aceptado por la sociedad y que se refieren a lo esencial de su cultura y de su estilo de vida. El trabajo comparte rango con la libertad, la justicia, la solidaridad, la paz y el respeto a todos los hombres y a todos los pueblos. Los currículos han de asumir la escala de valores de la sociedad nacional porque se trata de formación humana en un concreto y determinado marco social e histórico, el de la Nación, aquí y hoy.

5. - El protagonismo de la educación no puede quedar limitado en el espacio de burócratas y técnicos (porque hasta el momento ni los docentes ni la familia han tenido oportunidad de ejercer la participación, ni de asumir responsabilidades: fueron siempre convidados de piedra a la hora de fijar líneas de política educativa y de elaborar currículos). Para los nuevos empeños deben abrirse la decisión, las propuestas y las tareas al protagonismo plural de la sociedad. En los distintos planos -desde los ministerios nacionales hasta las instituciones universitarias y escolares, pasando por regiones, provincias y comunas-, han de crearse y ponerse en funcionamiento nexos y carriles de participación y corresponsabilidad social, con nítida y explícita definición de roles y competencias, y al margen de improvisaciones y distorsiones que puedan perturbar e invalidar la nueva dimensión del protagonismo educativo.

En nuestro país ocurrieron diversas experiencias en esa línea de avances. La Reforma Universitaria de 1918 propuso el gobierno tripartito (profesores, estudiantes y egresados) y lo ejerció con intermitencias en los periodos de normalidad constitucional. El sistema colegiado del CONET (Consejo Nacional de Educación Técnica) incluyó a empresarios y sindi-

---

calistas., junto 'a docentes del área, en la conducción de ese importante sector del sistema educativo (1959). El desaparecido Consejo Nacional de Educación, la Provincia de Buenos Aires y la Comuna porteña instituyeron la figura del consejero escolar, que en etapas de vida democrática fue elegido por el pueblo.

Se- trata, en definitiva, de experiencias positivas, aunque parciales y esporádicas.' Sobre la evaluación de sus aciertos y de sus frustraciones habrá que profundizar y ampliar 'el papel que le incumbe a la sociedad -sus sectores, agrupamientos y organizaciones- en el campo de la educación. Pero no podrá eludirse el reto: seguramente la cuestión educativa no continuará encerrada en el círculo de funcionarios y especialistas. Tiene que abrirse a la comunidad.

6. -La formación docente, la actualización en servicio y la práctica profesional de maestros, profesores e investigadores del área deberán incorporar marcos de comprensión, objetivos y aptitudes nuevos. Las inéditas realidades científico-tecnológicas, las peculiares formas de producción del sistemas industrial --las relaciones laborales y los vínculos humanos que les son propios- y los valores 'culturales insertos en la nueva sociedad emergente constituyen perfiles insoslayables del currículo de la formación. profesional, de las ofertas de reciclaje y perfeccionamiento y del mensaje cultural de los educadores.

Para los nuevos tiempos se' requiere un docente adecuado, intelectualmente dinámico, apto para comprender las posibilidades y los compromisos de la sociedad industrial y eficaz agente del cambio, sin dejar de ser transmisor de la tradición cultural y nexos de la continuidad histórica.

7. - Deberán promoverse y profundizarse las potencialidades y virtualidades de la alternancia. Las experiencias de aprendizaje en sede escolar y en sede empresaria, y las acciones de reciclaje, han de extenderse a otros espacios no convencionales, y a tiempos diversos. La educación ha de multiplicar y diversificar sus posibilidades y sus ofertas, sus protagonistas y sus escenarios. El concepto de alternancia contiene desafíos de dimensiones insospechadas, desde el renovado y reivindicado rol educativo del hogar -con los aportes específicos. y eficaces de la tecnología más avanzada, al alcance de todos- hasta el de'. las instituciones sociales y políticas (sindicatos, partidos políticos, congregaciones religiosas, administración pública, Par-

lamento, etc.). La alternancia de escuela-empresa para integrar educación y trabajo sugiere perspectivas para procesos inéditos de asociación y Complementariedad en función de objetivos que también requieren asumirse y “vivirse” en las instituciones educativas formales y fuera de ellas, en la realidad.

8 - De este modo, el fenómeno educativo se da y funciona en ámbitos y por carriles múltiples, y gana la posibilidad de apoyos y recursos económicos diversos. Se convierte así en realidad y responsabilidad social la tarea de asegurar la alfabetización de todos, el acceso a los conocimientos, la capacitación técnica y la formación cultural, como así también la constante actualización de destrezas, habilidades e información científica y tecnológica. A la par del Estado, la sociedad incrementa progresivamente su contribución y coloca en el centro de sus preocupaciones, como nunca antes, la cuestión educativa.

9. - En este marco; la acción de los medios masivos de información, recreación y difusión de mensajes culturales adquiere importancia singular y se integra al protagonismo de la sociedad en educación. No pueden seguir justificando su camino paralelo, y, por el contrario, de aquí en más se los comprende como rubro insoslayable de la política educativa y cultural -con la obvia libertad que les concierne- y como aliados de las instituciones educativas, del mundo del trabajo y la producción, y de las instituciones permanentes del sistema político.

10. - Por último, la vindicación del valor cultural del trabajo en el campo de la educación y la necesidad de articular e integrar la actividad educativa con los requerimientos de la producción y el trabajo, como así también con las otras zonas de la actividad social, apuntan a metas más cabales y completas de la formación humana. No se trata de responder sólo a demandas pragmáticas, aunque las contenga. Por encima de lo contingente y lo mensurable en el corto plazo a nivel tecnológico y económico, lo más significativo de estos itinerarios es que contribuyen al mayor desarrollo de la inteligencia y de las potencialidades espirituales del hombre y de la sociedad. El trabajo como valor cultural y como experiencia concreta es ‘un camino necesario hacia la plenitud humana. Ayuda al despliegue de la “humanidad” en todos los hombres y a su más profunda dignificación. Los hombres son mejores y más libres a través- del trabajo. Así es o así debe ser.

## BIBLIOGRAFIA

Aron, Raymond: *La era tecnológica*. Edit. Alfa, Montevideo, 1968.

Autores Varios: *Tecnología y cambio social*. UTEHA, México, 1965.

(Véase el trabajo de Daniel Bell: "La sociedad postindustrial". La cita ha sido extraída de la pág. 54).

Brameld, Theodore: Buses culturales de la educación. EUDEBA, 1961.

Carton, Michel: *La educación y el mundo del trabajo*. UNESCO, París 1985.

(El autor cita a J. Ruffet en la pág. 42).

Cepaur. Fundación Dag Hammarskjöld: Desarrollo a escala humana, una *opción para el futuro*. Development Dialogue, número especial. Uppsala, Suecia, 1986.

Cirigliano, Gustavo F. J.-; Zanotti Luis J.: Ideas y antecedentes para una reforma de la enseñanza media. Edic. Theoría Buenos Aires 1965.

Conferencia Nacional de Ministros de Educación. 24 y 25 de octubre de 1958. Ministerio de Educación y Justicia: Buenos Aires. 1958.

Cotgrave, Stephen: *Educación técnica y cambio social*. 'Edic.: R&P.; Madrid. 1963.

Danilov, M. A.: El proceso de enseñanza en la escuela. Edit. :Grijalbb, 'México, 1968;

Dilthey, G.: *Historia de la pedagogía*. Sudamericana, Buenos Aires, 1983.

Frigerio, Rogelio: *Síntesis de la historia crítica de la economía argentina* (Desde la conquista hasta nuestros días). Hachette. Buenos Aires, 1979.

Fronzizi, Arturo. El movimiento nacional. Fundamentos de su estrategia. Paidós, Buenos Aires, 1985.

Gozzer, Giovanni y Col.: La educación *tecnológica*. Edit. El Ateneo, Buenos Aires, 1972.

Jaeger, M.Terner: Paideia. *Los ideales de la cultura griega*. F.C.E. México,

Juan Pablo II: Laborem exercens. Edic. Paulinas, Buenos Aires, 1984.

Makarenko, A. S.: *Pedagogía scolástica soviética*. Armando Armando Edit. Roma, 1964.

Manacorda, M. A.: Il marxismo e l'educazione. Testi e documenti (1843-1964). Armando Armando Edit. Roma, 1965.

- Marrou, Henri Irénée: *Histoire de l'Éducation dans l'Antiquité*. Editions du Seuil, París, 1960. (La cita de Cicerón corresponde a República, V, 1, y ha sido extraída de la pág. 316).
- Merchensky, Marcos: *Las corrientes ideológicas en la historia argentina*. Edic. Crisol, Buenos Aires, 1979.
- Nef, John U.: *Fundamentos culturales de la civilización industrial*. Paidós, Buenos Aires, 1964.
- OCDE, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico: *La planificación de la educación para el desarrollo económico y social*. París, 1963. Perspectivas, Vol. XII, N 4, 1982.
- Saavedra Lamas, Carlos: *Reformas orgánicas en la enseñanza pública* Tomo 1, Imprenta Argentina Jacobo Peuser. Buenos Aires. 1916 (La cifra ha sido extraída de la pag. 357).
- Salonia, Antonio: *La educación hoy. Su inserción en el proyecto nacional*, PrOYe& CINAe, Buenos Aires, 1980.
- Salonia, Antonio: *Condiciones y dimensiones del cambio educativo*. Discurso de incorporación a la Academia de Educación. Edit. de Belgrano, Buenos Aires, 1986.
- Ulich, Robert: *La educación en la cultura occidental*. Paidós, Buenos Aires, 1970.
- UNESCO.: *La ciencia y la diversidad de los cultivos*. Coloquio internacional Santillana, Madrid, 1976. (La cita de Américo Castro ha sido extraída de la pág. 37).
- UNESCO *Aprender y trabajar*. París, 1980. (Véase el trabajo de Bertrand : "Problemas y promesas de la alternancia". El pensamiento aquí Citado se halla en la pág. 113).
- Webbs, A.: *Historia de la cultura, J.C.E.*, México, 1943.
- Zverev, I. D.: *Métodos de enseñanza en la escuela soviética*. UNESCO, París, 1983.

## INDICE

	<b>Pág.</b>
<b>EDUCACION PERMANENTE Y CALIDAD DE VIDA LABORAL</b>	
<b>Prof. Antonio F. Salonia .....</b>	<b>5</b>
<b>EDUCACION Y TRABAJO</b>	
<b>Prof. Aldo Carreras .....</b>	<b>17</b>
<b>CAPACITACION INTEGRAL Y PERMANENTE DEL TRABAJADOR</b>	
<b>Prof. Aldo Carreras .....</b>	<b>25</b>
<b>EDUCACION Y TRABAJO. UN DESAFIO PEDAGOGICO</b>	
<b>Prof. Marta Ester Fierro .....</b>	<b>33</b>
<b>TRABAJO, PROCESO EDUCATIVO Y PARTICIPACION SOCIAL</b>	
<b>Prof. Antonio F. Salonia .....</b>	<b>41</b>

---

---

**Impreso en el mes de julio de 1991 en los  
Talleres Gráficos del Ministerio de Cultura  
y Educación, Directorio 1781, Buenos Aires,  
República Argentina.**

---

---